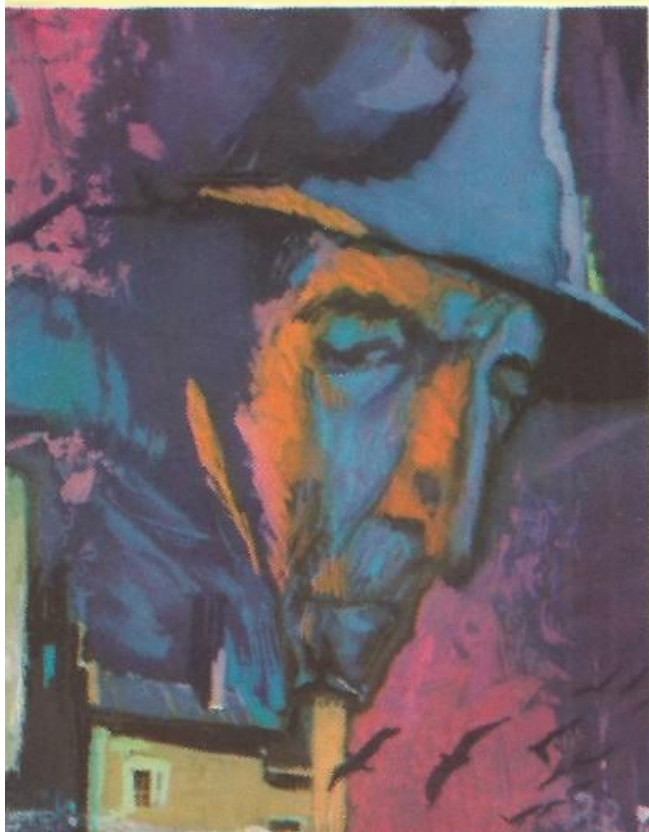




LAS CUENTAS DEL DIABLO



CLARK CARRADOS





SS **SERVICIO SECRETO**



CLARK CARRADOS

LAS CUENTAS DEL DIABLO

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 941

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 29.126 -1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1968

© CLARK CARRADOS - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a
favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.051. — Ataque salvaje.

En Colección SERVICIO SECRETO:

923. — Jeroglífico mortal.

En Colección BÚFALO:

751. — Un alto para morir.

En Colección CALIFORNIA:

597. — Escuadrón de fantasmas.

En Colección COLORADO:

538. — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

427. — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

373. — La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

334. — El muerto ríe.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533. — La sed del infierno.

En Colección ASES DEL OESTE:

453. — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

46. — Agente especial en huelga.

CAPÍTULO PRIMERO

La aldea era pequeña, pero limpia, de casas con tejados inclinados, oscuros, y la viguería de madera al exterior destacando sobre la relativa blancura de las paredes. Al fondo de la calle principal de Gellygagh, en línea recta con ella, pero a unos mil doscientos metros de distancia, se divisaba la colina.

Denis Framley detuvo su coche ante la puerta de la posada. Un cartel balanceante, suspendido de una retorcida barra de hierro, proclamaba el nombre del establecimiento: The Sthayr's Arms. Un gran perro negro, con colmillos de plata y ojos escarlata, constituía la divisa de la posada.

Denis se apeó, sujetándose el sombrero ante una repentina ráfaga de aire fresco y ligeramente húmedo. Abrió la puerta y entró en la posada, que era, a la vez, la taberna del pueblo.

Olía a cerveza rancia y tabaco de pipa. Varios sujetos tiraban los dardos por turno. Cuatro se hallaban en torno a una mesa, jugando a las cartas. Una panzuda estufa de hierro proporcionaba calor al local.

Denis se acercó al mostrador. En el extremo del mismo, se iniciaban los peldaños de una escalera que conducía al piso superior. Un hombre rollizo, de ojos agudos y maliciosos y nariz de pimiento, le contempló especulativamente.

—¿Señor? —preguntó.

—Una cerveza —pidió Denis—. Esto, ahora. Luego, habitación y comida.

—Sí, señor —contestó el tabernero—. Soy Hugh Boolton, el propietario de la posada.

—Mi nombre es Framley, Denis Framley —dijo el recién llegado—. ¿Lo ha oído alguna vez antes de ahora?

—¿Por qué había de oírlo, señor Framley? —contestó el tabernero. Llenó la jarra y la puso delante de Denis—. ¿Acaso es usted artista?

Denis sonrió de mala gana.

—Era una pregunta sin importancia —dijo—. Tengo mi equipaje

en el coche. ¿Qué hay de la habitación que le he pedido?

—Cinco libras por semana, si está la semana entera. En caso contrario, es decir, si permanece menos de una semana, la tarifa es de una libra diaria.

—Un poco caro —se quejó Denis.

Boolton se encogió de hombros. Era una manera como otra cualquiera de decir: «Tómelo o déjelo».

—Al menos, que sea buena —pidió el viajero.

—No tendrá queja, se lo aseguro. ¡Enna! —llamó de repente el posadero.

Una mujer apareció por la puerta que comunicaba el mostrador con el interior de la taberna. Era de unos veintitantos años, fornida, pechugona, pelo rojizo y ojos verdosos. Sus labios eran gruesos, rojos, sensuales.

—¿Papá?

—Mi hija Enna —presentó Boolton—. Muchacha, el señor Framley. Se alojará en casa... aunque no ha dicho por cuánto tiempo —se volvió hacia el recién llegado.

Denis sacó la cartera y extrajo de la misma un billete de cinco libras.

—Una semana por adelantado —contestó.

El billete pasó a las peludas manos de Boolton.

—Una semana, Enna —dijo—. Vamos, muévete, pronto; prepara la habitación del lado oeste, para que nuestro huésped pueda acomodarse cuanto antes. Enciende la chimenea, las noches son bastante frías todavía.

—Sí, papá.

Enna no miraba a su padre al hablar. Sus ojos estaban hipnóticamente fijos en la cara del recién llegado. Denis llegó a sentir cierta molestia por la actitud de la muchacha. Al fin, Enna, tras dirigirle una curiosa mirada, giró sobre sus talones y emprendió la ascensión al piso superior.

Dos clientes se acercaron al mostrador. Boolton dejó a Denis a solas con la jarra. Una ráfaga de viento golpeó los cristales de la ventana y los hizo temblar.

Denis sacó su pitillera y encendió un cigarrillo. Se preguntó qué posibilidades de éxito tenía en su empresa. Albert, su hermano, había llegado hasta Gellygagh, o más concretamente, a Sthayr

House... y ya no había vuelto nunca más a Londres.

Simplemente, Denis creía que Albert había sido asesinado.

Pasaron algunos minutos. Denis acabó la cerveza y el cigarrillo. Enna apareció en lo alto de la escalera.

—La habitación está dispuesta, señor Framley —anunció—. ¿Quiere subir a verla? Luego traeremos el equipaje...

El joven dio un paso hacia la escalera. En aquel momento, se abrió de golpe la puerta de la taberna. Se oyó un sordo gruñido y, a continuación, una estridente voz de mujer:

—¡Boolton!

El tabernero se volvió. Denis lo hizo también.

Hubo de contenerse para no gritar de asombro al contemplar el singular espectáculo que tenía ante su vista. Había una mujer en la puerta, muy alta y delgada, cuyos ojos, profundamente hundidos en las cuencas orbitarias, brillaban con una cólera infinita.

Vestía enteramente de negro, de pies a cabeza, y negros eran el pelo y las pupilas. Por contraste, su tez era blanquísima; a Denis le recordó la blancura de los cadáveres. Sin embargo, los labios poseían un color muy acentuado, casi sangriento. A pesar de su delgadez, se advertían en su cuerpo curvas de trazado netamente femenino. Contaba unos veinticinco años, calculó Denis.

Atraillado por una sólida correa, había un enorme perrazo a su lado, de mandíbulas estremecedoras y ojos de fuego. El pelaje del can, que parecía capaz de degollar a una persona con una simple dentellada, era negro como la noche.

Los concurrentes se volvieron asimismo para mirar a la joven. Tras su primer grito, ella dijo:

—Boolton, ¿cuántas veces he de decirle que borre ese nombre de la muestra de su inmundo establecimiento?

—Usted no puede prohibirme que dé a la posada el nombre que mejor me apetezca, señorita Sthayr. Y, por otra parte, sabe que puedo hacerlo perfectamente.

—Un día vendré y descolgaré personalmente la muestra —gritó ella, lívida, descompuesta por la furia.

—Atrévase y pego fuego a su maldita casa —contestó el posadero, sin amilanarse por el tono hostil de la mujer.

—¡Usted, bárbaro repugnante! ¡Usted se atrevería...!

—Lo haría, sí —exclamó Boolton—. Y si no fuera por ese

demonio que lleva al lado, si no fuese porque es mujer, ya le habría dado una lección que no olvidaría jamás.

El viento aulló en el exterior, agitando los ropajes de la mujer. Parecía a punto de estallar por la ira que sentía.

—Un día vendré y borraré mi nombre de su asqueroso establecimiento —prometió.

—Hágalo y yo la obligaré a pintarlo de nuevo con sus propias manos. Y ahora, fuera de mi casa, arpía.

Ella giró sobre sus talones y arrastró consigo al perro, que se resistía a dejarse llevar. En el momento de salir, el can soltó un aullido estremecedor.

—¡Cierren esa puerta! —gritó Boolton. Se frotó las manos nerviosamente con el delantal—. En Gellygagh no tendremos paz mientras esa loca siga viviendo en la colina.

Denis alzó la vista hacia la hija del posadero. Enna estaba muy pálida, pero parecía como si el suceso le hubiese causado una gran diversión.

—¿Quiere subir, señor Framley? —invitó de nuevo.

—Por supuesto.

Mientras ascendía los peldaños, Denis se percató de que Enna llevaba un vestido muy escotado. ¿Se lo había cambiado entretanto?

Ella le guio hasta la habitación asignada, amplia, con un gran lecho en uno de los lados y una chimenea en el opuesto. Los troncos empezaban ya a arder y proporcionaban un grato ambiente. Los muebles eran antiguos y bien conservados.

—¿Le agrada, señor Framley?

Enna se inclinó hacia adelante y oprimió el colchón con ambas manos varias veces, a la vez que le miraba con incitante sonrisa.

—Es un colchón muy mullido —dijo.

Denis asintió. Conocía el tipo de mujer. Les gustaba exhibir sus encantos corporales, hacerse deseable, quemar la sangre de los hombres... Después, se burlaban del incauto que había creído en una fácil aventura. Enna era una de ellas.

—Está bien —dijo—. Voy a por el equipaje.

—¡Oh, no se moleste; ya se lo subiré yo misma! Es un servicio que entra en las cinco libras semanales —dijo Enna, sonriendo maliciosamente. Se dirigió hacia la puerta con gran contoneo de caderas—. ¿Escritor? —preguntó.

—Algo por el estilo —respondió Denis evasivamente—. ¿Quién era la mujer del perro? —inquirió de pronto.

—Ah, Rosamunda Sthayr, una loca que se cree todavía en la Edad Media, con derecho de vida y muerte sobre sus vasallos —contestó Enna desdeñosamente—. La soltería la ha vuelto histérica.

—¿A usted no?

Enna meneó la cabeza.

—Yo soy un poco más equilibrada que todo eso —se encogió de hombros—. Cuando encuentre un hombre, me casaré con él... y si no lo encuentro, ¡peor para él! —exclamó con una alegre carcajada que, a juicio de Denis, tenía no poco de artificial—. La cena es a las seis y media —advirtió.

—Lo tendré en cuenta, Enna. A propósito, ¿hay algún sitio donde pueda guardar el coche?

—Detrás de la posada hay un cobertizo. Deme las llaves; se lo guardaré yo. Tengo permiso de conducción.

—Muy bien, Enna.

La joven se alejó. Denis se acercó a la ventana.

Desde allí, podía ver la colina. El sol se ocultaba justamente por detrás de la elevación, entre unas nubes negras, sombrías, parcialmente rojizas. Una casa destacaba en la cima, silueteada en negro por los últimos rayos del sol poniente.

Era un panorama triste, sombrío, deprimente. Denis se preguntó cómo era posible que su hermano hubiese concebido algún día la idea de residir permanentemente en aquellos parajes. Él no lo hubiera hecho por nada del mundo.

—Tal vez no estoy enamorado de Rosamunda Sthayr —murmuró, como resumen de sus melancólicas reflexiones.

CAPÍTULO II

Algo pegó con fuerza contra la ventana, haciendo que Denis se sentase sobresaltado en el lecho. Dirigió la vista hacia donde había sonado el ruido.

La oscuridad era completa. Ráfagas de agua y viento chocaban casi de continuo contra los vidrios. Un tronco chasqueó en el hogar, enviando a lo alto miríadas de chispas.

Lanzando un suspiro de resignación, Denis se levantó, metió los pies en las zapatillas y se acercó a la chimenea. Al lado había un hueco con unos cuantos troncos. Removió las brasas y echó un par de leños. Luego se volvió a la cama.

Encendió un cigarrillo. El incidente le había desvelado.

La lluvia continuaba cayendo con fuerza. El viento bramaba a veces al pasar por el cañón de la chimenea. Después de fumarse el cigarrillo, Denis cayó poco a poco en una deliciosa languidez.

Empezó a dormirse de nuevo. De pronto, oyó un extraño sonido.

Era como un sordo ruido, rítmico, regular, que parecía brotar de todas partes a la vez y de ninguna en particular. Denis abrió los ojos desmesuradamente.

¿Quién hacía aquel ruido?

Tenía una mano en el pecho. Súbitamente, se dio cuenta de que lo que estaba oyendo eran los latidos de su propio corazón.

Comprobó el ritmo de los latidos con el sonido que le envolvía por completo. ¿Padecía alucinaciones?

Los ruidos aumentaron de volumen, sin variar su tono sordo y opaco. Denis creyó que su cerebro iba a explotar.

De repente, una luz extraña brilló en su habitación. Denis se incorporó parcialmente, apoyado en un codo, y contempló la pared que hacía ángulo con la de la chimenea.

Una mujer surgió ante él. Iba vestida de blanco enteramente, de pies a cabeza, con unas vestiduras flotantes que le conferían el aspecto de una iluminada sacerdotisa de una religión extraña y desconocida. No llevaba adornos y su pelo, muy largo, caía suelto sobre su espalda.

El rostro de la mujer era el de Rosamunda Sthayr.

Ella avanzó desde las profundidades, lentamente, sin mover los pies en apariencia, como deslizándose sobre el suelo. O quizá sobre el aire, pensó Denis. Llegó al muro, lo traspasó y avanzó todavía unos cuantos metros más, deteniéndose a varios pasos de los pies de la cama.

Entonces, Denis se dio cuenta de que habían cesado los latidos. Se puso la mano en el pecho. No, no estaba muerto; era el ruido solamente lo que se había detenido. Su corazón latía, aunque con un ritmo mucho más vivo de lo normal.

Ella, de repente, extendió un brazo y le apuntó con un huesudo dedo índice, rematado por una uña de color de sangre.

Habló y su voz parecía provenir del más allá:

—Vete de Gellygagh antes de que sea demasiado tarde para ti. Vete o morirás.

Denis quiso decir algo, pero los sonidos no salían de su garganta. Rosamunda retrocedió lentamente, sin dejar de apuntarle con la mano y, de súbito, después de atravesar la pared, desapareció.

Entonces, Denis se quiso levantar, pero sintió que le acometía un sueño invencible. Cayó hacia atrás y antes de que su cabeza chocase contra la almohada, estaba dormido.

A la mañana siguiente, cuando despertó, sintió un ligero dolor de cabeza. Lo achacó al tiempo, pero, al mirar hacia la ventana, encontró el cielo completamente despejado.

Lucía un sol radiante, lo que para aquella época y en el País de Gales, era más bien raro. Denis saltó de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño contiguo.

De repente, se acordó del fantasma.

Inspiró con fuerza varias veces. Había visto y oído el espectro de Rosamunda Sthayr. Y los sonidos de su corazón al latir.

Una sonrisa distendió sus labios. Había encontrado la explicación. No había tal fantasma ni había oído nada, ni intimación ni latidos de su corazón.

Todo era producto de un sueño. Su mente se había excitado al ver a Rosamunda en la puerta de la taberna. Luego, con el sueño, el subconsciente se había despojado de sus inhibiciones, liberándose de las ataduras síquicas que lo encadenaban al fondo de su cerebro. El resultado había sido el sueño ya relatado.

Pero ¿por qué había visto a Rosamunda vestida enteramente de blanco?

Una reacción de defensa enteramente natural, calculó. El subconsciente se defendía contra lo que entendía era un ataque... y el negro era un color ofensivo. Resultado: su mente se había defendido, vistiendo de blanco a Rosamunda.

Más animado, bajó al comedor de la taberna, desierto en aquellos momentos. Una rolliza mujer, de mediana edad, que se presentó como señora Boolton, le sirvió un reconfortante desayuno. Algo más tarde, Denis tomó un impermeable, se puso unas fuertes botas y se dispuso a dar un paseo.

Salió del pueblo caminando por la carretera, que era también la calle principal. Un hombre aún joven, vestido con uniforme azul y botones de plata, le miró con curiosidad.

Al pasar por su lado, el policía se llevó la mano a la gorra y le saludó con un cortés: «Buenos días, señor». Denis contestó con no menor cortesía y prosiguió su camino.

A medida que avanzaba, podía captar nuevos detalles de Sthayr House. La colina tenía unos ciento cincuenta metros de altura y uno de sus lados era muy escarpado, un abismo casi completamente vertical, cuya base daba a un extenso estanque, casi un pequeño lago, rodeado de plantas acuáticas y árboles, principalmente sauces.

Había un camino que ascendía serpenteando por las colinas hasta la cima. La vegetación de robles y encinas era abundante, y también había muchos arbustos y brezos sobre todo.

La casa era grande, con techos de pizarra muy inclinados. Claramente se veía que se trataba de una construcción de siglo y medio atrás, por lo menos. Una de sus alas tenía todo el aire de una vieja fortaleza.

Seguramente, la parte más vieja del antiguo castillo había sido demolida, para elevar una nueva construcción, más acomodada a los tiempos modernos. Los muros eran grises y cubiertos de hiedra en muchos sitios.

Denis rodeó la base de la colina y se acercó al estanque. Sus dimensiones eran enormes; casi medía mil metros de largo por la mitad de ancho. En uno de los recodos divisó un pequeño remolino; posiblemente, el estanque se alimentaba con el caudal de alguna fuente subterránea.

El hecho de que no viese ningún riachuelo que desembocase en el estanque y sí un regato que servía de desagüe, corroboró sus suposiciones al respecto. Levantó la vista; parecía que la casa se fuese a desplomar sobre la pequeña laguna de un momento a otro.

De pronto, oyó un pavoroso rugido. Volvió la cabeza.

El perro negro corría hacia él, dando grandes saltos, las mandíbulas chasqueantes abiertas de par en par. Daba la sensación de estar enfurecido.

Denis se preparó para repeler el ataque de la fiera. Envolvió el brazo izquierdo en el impermeable y afirmó los pies en el suelo.

De pronto, sonó una voz aguda, enérgica, imperativa:

—¡Quieto ahí, «Shaitán»! ¡Quieto, te digo!

El coloso se detuvo casi en el acto. Quedó frente a Denis, con el vientre apoyado en la hierba chorreante todavía, meneando la cola amenazadoramente.

Rosamunda Sthayr surgió de repente, apareciendo desde detrás de unos carrizos de notable elevación. Ahora, aunque con el color negro que parecía serle tan querido, vestía de una forma distinta a como Denis la había visto la víspera.

Llevaba puestos unos pantalones, metidos en la caña de unas botas altas, y una chaqueta de cuero, también negro. Debajo de la chaqueta llevaba un pullover, ¿cómo no? negro por completo.

—Le ruego le dispense, señor —dijo, deteniéndose a pocos pasos del joven—. «Shaitán» es muy impulsivo, pero no hace daño, a menos que se le provoque o yo se lo ordene —hizo una inclinación de cabeza—. Soy Rosamunda Sthayr —se presentó.

—Mi nombre es Denis Framley —dijo el joven llanamente.

Hubo una larga pausa de silencio. Los ojos de Rosamunda estaban fijos en la cara de Denis. El pecho de la joven subía y bajaba con cierta rapidez.

—Denis Framley —repitió, al cabo—. Hermano de Albert.

—Sí —confirmó él.

Rosamunda se irguió.

—¿A qué ha venido, señor Framley? —preguntó—. ¿A gozarse con el espectáculo de una mujer abandonada por su prometido en vísperas de su boda?

Denis hizo un gesto de sorpresa.

—¿Albert la abandonó? —exclamó.

—Sí. ¿Acaso no lo sabía usted? Es su hermano, según acaba de confirmarme.

—Lo soy, en efecto, pero no sabía que...

—Albert vino aquí para casarse conmigo. Dos días antes de la boda, desapareció. Dejó una carta diciendo que se marchaba a Australia. Todavía conservo esa carta. Y su equipaje también, señor Framley. Los tengo allá arriba, en mi casa, a su disposición, para cuando guste examinar una y otro... si no me cree.

Denis se inclinó profundamente.

—¿Quién ha dicho que no la creo a usted, señorita Sthayr? Su palabra me basta —dijo.

—Gracias —contestó ella secamente—. Temí que hubiese venido a Gellygagh con otros propósitos.

—¿Qué propósitos?

Los ojos de Rosamunda centellearon.

—Reprocharme ser la causa de la huida de su hermano —dijo sin rodeos.

—Señorita, le aseguro que es lo último que se me ocurriría pensar de usted —manifestó Denis—. Siento verdaderamente lo que le hizo mi hermano... pero créame que es la primera noticia que tengo de su marcha a Australia.

—No cabe la menor duda. Al menos, si nos fiamos de su carta de despedida. ¿Querrá leerla?

Denis vaciló.

—En otro momento —respondió—. Es decir, si me permite que vaya a visitarla.

—Mi casa es suya —dijo Rosamunda llanamente—. ¡Vamos, «Shaitán»!

El perro se puso en pie. Denis se extrañó del nombre.

—¿Por qué le llama así? ¿Conoce el significado de esa palabra?

—Sí. Es «diablo», en árabe. Y le aseguro, señor Framley, que «Shaitán» será un demonio para cualquiera que intente atacarme.

—No sabía que tuviese enemigos —aventuró el joven.

—Los tengo, y muy encarnizados. Boolton, el posadero, el más irreductible de todos. Usted estaba allí anoche cuando yo le hablé en su taberna.

—En efecto, señorita. La vi a usted y escuché aquel poco afectuoso diálogo.

Los negros ojos de Rosamunda volvieron a emitir destellos de ira.

—Una noche, es cierto, iré y borraré aquel título de la posada. Es mi apellido y él no tiene derecho a usarlo.

—¿Por qué no recurre a la ley, si cree que la razón está de su parte, señorita Sthayr? —sugirió Denis.

Ella vaciló un momento.

—Boolton debiera ser más cortés y ceder a mis pretensiones —contestó—. Pero esta es una cuestión, hasta cierto punto, secundaria. Ha sido un placer conocerle, señor Framley.

—El gusto ha sido mío, señorita Sthayr —contestó Denis, con una inclinación de cabeza.

CAPÍTULO III

Rosamunda mentía.

Albert, su hermano, no había emigrado a Australia. Era lo último que habría hecho.

Denis le conocía bien y sabía que Albert no cometería jamás ese disparate. A cada minuto que pasaba, la convicción de que había sido asesinado, se reafirmaba en su ánimo. Sin embargo, quedaban en pie las preguntas más acuciantes: ¿Quién lo había asesinado? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Dónde yacía ahora su cuerpo?

El paseo fue largo y regresó a la posada fatigado. Tomó el *lunch* de mediodía y subió a su habitación para descansar un rato.

Sentado frente a la chimenea, dejó pasar el tiempo, consumiendo algún cigarrillo de cuando en cuando. A las cinco, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo en voz alta.

Enna Boolton entró con una bandeja en las manos.

—El té, señor Framley —anunció.

—Gracias, Enna.

La joven depositó la bandeja sobre una mesita cercana y llenó la primera taza.

—No lo deje enfriar —aconsejó.

—Enna, ¿hay fantasmas en Gellygagh? —preguntó Denis de repente.

Ella, todavía inclinada, le miró con cierta sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó.

—Luego es cierto que hay fantasmas —sonrió Denis.

—Bueno, algunos dicen que los han visto. Yo no creo mucho en ellos —Enna se irguió, poniendo de relieve la rotundidad de sus senos jóvenes—. Pero si hay algún fantasma, ese es Rosamunda Sthayr.

—¿La dueña de Sthayr House?

—Sí. Algunos dicen que es una bruja. Si no viviéramos en estos tiempos, ya la habrían puesto sobre un montón de leña.

Denis puso un terrón de azúcar en el té.

—¿Qué hace para que se la acuse de bruja?

—Le parece poco ese perro que lleva siempre consigo. El reverendo MacGleagh dice que es el diablo que ha vuelto a merodear por la tierra, para llevarse almas a sus dominios.

—Es solo un perro, Enna —le recordó el joven. Aunque también se acordó en aquel momento de la forma tan instantánea en que «Shaitán» había detenido el ataque al oír la voz de su dueña.

—Ese perro es un demonio —insistió la muchacha—. Y ella, además, ha hecho un pacto con él. ¡Le ha vendido su alma, créame!

—Vamos, vamos, Enna, un poco de sensatez —sonrió Denis—. Esas cosas no suceden ni han ocurrido nunca.

Enna se inclinó hacia adelante.

—¿Quiere que le dé una lista de las personas a las cuales se ha aparecido ella? Son Billy Mahounny, Rexis Tillman, Jerry Patterson, Lewis MacKarough, Alf Diggan... ¿Cómo podría hacer una cosa semejante si no tuviese el permiso del mismísimo demonio?

Denis miró a la joven fijamente.

También a él se le había aparecido Rosamunda. En sueños, pero...

—¿Lo dice en serio? —preguntó.

—Hable con cada uno de los que le he mencionado —contestó ella—. Pregúnteles, no les diga nada de lo que ha hablado conmigo... Escuche sus respuestas y luego juzgue por sí mismo.

—Bueno, ¿y qué pretende con sus apariciones? —inquirió Denis, simulando creer las palabras de la joven.

—Esos hombres tienen tierras y ganados. Patterson es dueño de un aserradero. Ella lo ambiciona todo. Su codicia no tiene límites.

—Pero si ha hecho un pacto con el diablo, este le daría todo el dinero que Rosamunda quisiera, ¿no?

Enna soltó una cáustica risita.

—El diablo no fabrica monedas de oro —contestó—. Enseña a reunir las... quien dice monedas, dice billetes de banco y posesiones terrenales. Si Rosamunda consiguiera las propiedades de esos sujetos, se convertiría en una mujer muy rica. ¿Lo comprende ahora?

—Sí. De modo que pretende asustarles para que le cedan sus propiedades.

—Eso es. Algunos empiezan a vacilar y piensan si no será mejor

abandonar la lucha contra una mujer poseída por el mismísimo diablo. Por fortuna, a nosotros no nos ha pedido la posada.

Denis aprovechó la ocasión.

—Pero sí la rectificación del título de la posada —dijo—. ¿Por qué?

Enna sacó el busto con orgullo.

—Tenemos tanto derecho como ella a usar su apellido —respondió—. Con su permiso, señor Framley.

Denis se quedó a solas, rumiando acerca de la conversación mantenida con Enna. ¿Era posible que aún hubiese gentes que creyeran en semejantes leyendas?

Se reclinó en el sillón, después de tomar el té, con un cigarrillo entre los labios. Enna había citado los nombres de varias personas, a todos los cuales se había aparecido, según decían, Rosamunda Sthayr.

A él también se le había aparecido. Ahora ya no estaba seguro de que la visión de la noche precedente fuese un simple sueño.

Más tarde, cuando oscurecía, llamó el posadero.

Traía un brazado de troncos, que depositó en la leñera.

—Las noches son frías aún, señor Framley —dijo.

—Es usted muy amable, señor Boolton —agradeció Denis el gesto.

—Nos gusta tener contentos a los huéspedes. Con permiso.

Denis cenó más tarde y luego permaneció un rato en la taberna, contemplando los juegos de los clientes. A las nueve, sin embargo, el local quedó vacío. Sin nada que hacer, Denis subió a su habitación.

Observó que la leñera estaba repleta. Indudablemente, habían subido más troncos mientras cenaba. Buscó un libro y se sentó cerca del fuego.

A las diez se metió en la cama y apagó la luz. Poco después, dormía profundamente.

Pasada la medianoche, le despertó una indefinible sensación de temor. Presintió que no estaba solo.

Trató de encender la luz, pero sus miembros estaban como agarrotados y no pudo moverse. Un espantoso terror se apoderó de su ánimo.

Rosamunda Sthayr apareció de la misma forma que la noche

precedente. Detúvose a pocos pasos de la cama y le apuntó con la mano.

—Veo que no has hecho caso de mi orden —dijo con voz de ultratumba—. Tienes veinticuatro horas para marcharte, hasta mañana a la medianoche. Si para entonces continuas todavía en Gellygagh, ¡morirás! ¡Vete o morirás!

Rosamunda empezó a deslizarse hacia atrás, sin dejar de amenazarle con el gesto.

—Vete o morirás... vete o morirás... vete o morirás... —repetía incansablemente, hasta que su voz se esfumó, junto con la imagen.

Denis despertó a la mañana siguiente notablemente deprimido. Era hombre poco dado a fantasías, pero cada vez estaba menos seguro de sus creencias al respecto.

Sus convicciones habían sufrido un nuevo y duro golpe. ¿Podía dudar ahora de la aparición de Rosamunda?

Había cosas que la ciencia no conseguía explicarse. Telepatía, transmisión del pensamiento, predicción del futuro... Muchas cosas eran obra de embaucadores, que jugaban con la credulidad de las gentes, pero siempre había un fondo de verdad.

Y, a veces, se producían sucesos inexplicables, pero auténticos.

La aparición de Rosamunda era uno de dichos casos.

Desayunó con bastante desgana. Luego, sin saber qué hacer, se decidió a pasear.

Cuando quiso darse cuenta, estaba al pie del camino que conducía a la colina. Venciendo su depresión de ánimo, inició el ascenso, aunque con paso medurado.

Un cuarto de hora después, se detenía ante un gran portón de roble tallado. No había campanilla, sino un llamador de hierro, de considerables dimensiones. El martillo era una cabeza de perro, asombrosa reproducción de la de «Shaitán».

Golpeó la puerta. Los golpes resonaron con prolongados ecos en el interior de la casa.

Una mirilla se abrió a poco. Alguien le observó desde el otro lado. Denis soportó estoicamente el escrutinio. La puerta se abrió.

Denis contuvo un respingo de sorpresa. Miró al hombre ridículamente pequeño, obeso, tan redondo como un balón de fútbol, que se hallaba en el umbral de la puerta. Sus grises cabellos estaban separados por un curioso peinado, partido en dos puntas

que sobresalían ligeramente a ambos lados de la frente. A pesar de la redondez de su cara, Denis apreció en los ojos del individuo una inequívoca expresión llena de astucia.

Se estremeció. Aquellos mechoncitos de pelo, ¿ocultaban los cuernos del diablo?

—¿Señor? —dijo el hombrecillo.

—Soy Denis Framley. Deseo visitar a la señorita Rosamunda, si ella consiente en recibirme.

—Mi nombre es Leonardo —contestó el sujeto—. Tenga la bondad de pasar, señor Framley.

Denis volvió a estremecerse. ¡Leonardo! ¡Uno de los nombres del diablo!

¿Era aquella casa la antesala del infierno?

Entró en un vasto zaguán, con suelo de grandes losas de piedra, lóbrego y húmedo, con una escalera al fondo, que daba a los pisos superiores. Leonardo le condujo a una habitación situada en la misma planta.

—Tenga la bondad de esperar, señor Framley —dijo—. Ahora mismo iré a avisar a la señorita Rosamunda.

—Muchas gracias, Leonardo.

Denis paseó la vista a su alrededor. Había una gran chimenea, con repisa de piedra, en la que se repetía el motivo heráldico de la cabeza de perro. Unos troncos ardían en el hogar. Los morillos estaban asimismo rematados por sendas cabezas de perro.

Se pasó una mano por la frente.

—Voy a volverme loco —murmuró.

Pasaron unos minutos. De pronto, sonó una voz a sus espaldas:

—¿Deseaba verme, señor Framley?

Denis contuvo un grito de espanto. Giró en redondo, procurando ocultar el temblor de sus miembros. Rosamunda había entrado en completo silencio, sin hacer el menor ruido.

Seguía con su tétrica indumentaria negra, aunque ahora era un vestido de sencilla factura. El contraste entre la palidez de su piel y el color de los ropajes era deprimente en extremo.

—Le ruego me perdone —se excusó, forzando una sonrisa—. Quizá la he molestado...

—En absoluto. Tenga la bondad de tomar asiento, se lo ruego. ¿Me permite invitarle a una taza de té?

—No, muchas gracias —rechazó Denis—. Supongo que se imagina los motivos de mi visita.

Ella asintió.

—El equipaje de su hermano está todavía en la habitación que ocupaba en el momento de ausentarse. Son dos maletas. ¿Prefiere llevárselas o se las envió a la posada?

—No, gracias. Yo vendré a recogerlas en cualquier momento. Tengo el coche en el garaje de la posada... Lo que sí desearía es leer la carta que mi hermano le dejó como despedida.

—Muy lógico —convino ella, a la vez que se ponía en pie—. Aguárdeme un momento, por favor. La tengo en el *secrétaire*, en mi dormitorio.

Denis contempló a la joven mientras se dirigía hacia la puerta. Pese a sus prevenciones, no pudo por menos de admirar la gracia de sus movimientos y la esbeltez de su cuerpo. Era menos delgada de lo que le había parecido en un principio, tal vez por la deficiente iluminación de la taberna. Pero sus ojos relucían siempre de un modo que le causaba frío cada vez que fijaba la vista en ellos.

CAPÍTULO IV

Denis leyó la carta con suma atención.

Al cabo de unos minutos, levantó la vista y miró a la joven. Ahora, los ojos de Rosamunda ya no le daban tanto miedo.

—Esta carta es una falsificación —declaró tajantemente.

Rosamunda se llevó una mano al pecho.

—¡Imposible! —exclamó.

—Insisto, es una falsificación.

—Albert y yo nos carteábamos con regularidad. Conozco bien su letra.

—Yo también —dijo Denis. Sacó su billetera y extrajo de su interior una cuartilla doblada—. Esta es la carta que él me dirigió cuando me participaba que pensaba casarse con usted. Tengo más cartas suyas en casa, hablándome de asuntos particulares... negocios, preferentemente. Ello me permite afirmar que la carta que él le dejó es falsificada.

Rosamunda le contemplaba con ojos dilatados por el asombro.

—Pero... entonces, ¿por qué...? ¿Quién...? —balbució, terriblemente desconcertada en apariencia.

Denis le entregó ambas cartas.

—Compare los caracteres usted misma. Una magnífica falsificación, es preciso reconocerlo —dijo—, pero que se advierte apenas se realiza una mínima comprobación. Las *eles* y las *tes* son ligeramente distintas... Con eso basta, señorita Sthayr.

Rosamunda cogió los dos papeles. De nuevo se produjo una pausa de silencio.

Luego, ella se reclinó en el respaldo. Parecía desfallecer.

—¿Quién falsificó esta carta? —murmuró con voz débil.

—El asesino —afirmó Denis.

Rosamunda se irguió vivamente.

—¿Cree usted que Albert está muerto?

—Hace un año que me anunció su boda con usted, Desde entonces, no he vuelto a tener noticias suyas. Albert no habría dejado pasar tanto tiempo sin, por lo menos, enviarme su

felicitación de Navidad. Bien es verdad que yo he permanecido largo tiempo ausente en el extranjero, pero me habría encontrado con alguna carta suya a mi regreso. Esta, en la que me participaba su boda, es la última que recibí.

—¡Dios mío! No puedo creerlo... —gimió ella.

—Todavía hay más —dijo Denis, implacable, sintiendo que recobraba el valor perdido al entrar en aquella fúnebre mansión—. Yo le escribí a él un par de veces a mi regreso a Londres. Dirigí la carta aquí, a Sthayr House. No he recibido ninguna respuesta.

Rosamunda parecía más pálida que nunca.

—Esas cartas no han llegado aquí. ¡Se lo juro! —contestó.

Denis guardó silencio.

¿Debía dar crédito a las manifestaciones de la joven?

—¿Sabe a qué hora desapareció mi hermano? —preguntó.

—Cenamos juntos —contestó ella—. Charlamos después en este mismo salón. Luego nos separamos para ir a nuestras habitaciones. Ya no le volví a ver más.

—¿Dónde estaba la carta?

—En el vestíbulo, sobre una consola.

—¿La recogió usted o se la entregó alguien?

—Me la dio mi tía Emily. Vive conmigo —aclaró Rosamunda—. Si quiere verla...

—No es necesario, me fío de usted. ¿Fue su tía quien encontró la carta?

Rosamunda se encogió de hombros.

—Nunca se me ha ocurrido aclarar este punto —repuso—. Ella me dijo que estaba sobre la consola. No sé si la encontró ella misma o el mayordomo, o Bonnie, la doncella. La cocinera, no, desde luego; a esa hora, estaba preparando los desayunos.

—¿Y usted pudo creer que se iba a Australia, dejando aquí todo su equipaje?

—Se llevó un maletín pequeño. Las dos maletas que hay arriba pesan bastante.

—Pero él tenía coche.

—No sé nada más —Rosamunda se retorció las manos—. Compréndalo, es la primera vez que me dicen que la carta de Albert es falsificada. Entonces yo creí que se había dejado el equipaje por no llevar estorbos consigo... qué sé yo... Estoy aturdida,

compréndalo.

Denis asintió.

—Por supuesto. ¿Han vuelto a atacarla sus enemigos? —preguntó repentinamente.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber ella, vivamente sorprendida.

Denis se dijo que debía meditar muy bien sus palabras.

—He oído algunos comentarios acerca de usted —manifestó.

—Nada favorable, por supuesto —dijo Rosamunda.

—En efecto. La acusan de...

—Sé de lo que me acusan —declaró Rosamunda—. Todo son torpes calumnias.

—¿Quién las inventa?

—Mis enemigos, claro.

«Una obsesión de demente. Todos los locos piensan que tienen enemigos», se dijo el joven.

—Sus enemigos... tales como Billy Mahounny, Rexis Tillman, Jerry Patterson... —Denis citó solo unos cuantos—. El reverendo MacGleagh dice que el demonio ha reencarnado en la forma terrenal de su perro.

—Es un pobre ignorante —dijo ella, desdeñosamente—. Y en cuanto a los otros... Sus tierras son mías, me pertenecen. No quieren devolverme lo que es mío desde siempre. Temen que yo les ponga un pleito y lo gane... pero no tengo dinero suficiente...

—¿No tiene dinero y dispone de mayordomo, doncella y cocinera? —preguntó el joven, estupefacto.

—Sería un pleito largo y costoso. Me costaría sumas de las cuales no dispongo. Apenas si recibo lo suficiente para vivir, y no despido a la servidumbre, porque no tienen otro sitio adonde ir.

Aparentemente, eran unas respuestas lógicas, pero a Denis no le convencían del todo.

—Ellos quieren que me marche de la comarca —añadió la joven—. De este modo, cesará el temor que sienten a mi reclamación judicial.

—Entiendo —murmuró Denis. Se puso en pie—. Lamento haberla molestado, señorita Sthayr.

—No ha sido molestia, aunque tampoco puede decirse que haya recibido demasiado placer de su visita —contestó Rosamunda—. Oh, me refiero a las noticias sobre la carta falsificada.

—Lo siento, pero sigo opinando que mi hermano murió asesinado.

—En tal caso, ¿quién lo mató?

—¿No sería mejor preguntar por qué lo mataron?

—No había un rival amoroso —dijo Rosamunda.

Denis meneó la cabeza.

—Es un motivo que debe quedar descartado. La causa real son cincuenta mil libras esterlinas.

—¡Cincuenta mil...!

—En efecto. No es agradable hablar así del propio hermano y confío en su discreción, pero Albert sustrajo esa suma de nuestra sociedad. La trajo aquí... precisamente en el supuesto maletín de aseo, que es el único que ha desaparecido de su equipaje.

—Es... horroroso... Albert no me había dicho nunca nada de ese dinero...

—Ustedes pensaban marcharse de viaje inmediatamente después de la boda, ¿no es cierto?

—Sí. Albert me dijo que iba a dirigir una sucursal en Buenos Aires...

Denis sonrió tristemente.

—Era un buen chico, aunque un poco alocado —murmuró—. No merecía morir tan miserablemente.

—Todavía no se ha comprobado su muerte —alegó Rosamunda.

—Albert sabía que yo le hubiera perdonado, aunque, eso sí, obligándole a devolver poco a poco el dinero desfalcado, que yo hube de reponer en su lugar. Por eso afirmo que, si ha pasado un año sin noticias sayas, es que está muerto.

—¿Cree usted que le habría escrito desde Australia, de continuar con vida?

—Sin duda alguna —aseguró Denis rotundamente—. No le extrañó que, teniendo el propósito de residir en Buenos Aires, anunciase que se iba a Australia?

—Sí, es verdad —admitió Rosamunda—. Pero aún no habíamos mencionado a nadie nuestros propósitos de viaje.

—¿Ni siquiera a su tía Emily?

—Solo a ella, por supuesto. Naturalmente, tía Emily queda al margen de cualquier sospecha.

—En eso estamos de acuerdo —contestó Denis—. Bien,

permítame que me retire. Subiré en otro momento con el coche para recoger las maletas de Albert.

—Cuando quiera —accedió ella.

Salieron juntos. En el vestíbulo se encontraron con una mujer sentada en un sillón de ruedas.

Rosamunda hizo las presentaciones.

—Tía Emily, el señor Framley, hermano de Albert Señor Framley, mi tía Emily Guignes.

Denis dominó la sorpresa.

Emily Guignes debería tener unos treinta y cuatro años, calculó el joven. De no haber sido por su enfermedad, habría sido una mujer arrogante y vistosa.

—Encantada —dijo con voz dulce y melodiosa—. Usted es hermano de Albert. ¿Sabe algo de él?

—El señor Framley sostiene que su hermano fue asesinado —dijo Rosamunda.

—¡Oh! —exclamó Emily—. No me extrañaría en absoluto. Siempre te dije que me parecía un poco botarate... con perdón del señor Framley.

Denis inclinó la cabeza.

—Su opinión y la mía coinciden, señora Guignes —dijo—. Aunque fuese mi hermano, he de ser imparcial y reconocer la verdad.

—Señorita —rectificó la mujer. Le tendió la mano—. Ha sido un placer, señor Framley... y ojalá encuentre a los asesinos de su hermano.

—Muchas gracias, señorita Guignes —Denis se volvió hacía Rosamunda—. Debo irme. Gracias también a usted, señorita Sthayr.

—Soy yo la que debo estarle agradecida —contestó Rosamunda apaciblemente—. Vuelva por casa cuando quiera.

Denis inclinó la cabeza. Leonardo, el diablo con aspecto de mayordomo, mantenía la puerta abierta. El joven cruzó el umbral y emprendió el descenso de la colina.

CAPÍTULO V

Las nubes corrían rápidamente por el cielo. El sol lucía a ratos y soplabla un airecillo más bien fresco.

Denis no sentía aún ganas de volver a la posada. Tenía necesidad de ordenar sus pensamientos, un poco alborotados después de la visita a Sthayr House.

Albert había desaparecido y con él las cincuenta mil libras esterlinas que había desfalcado. Por cierto, disponiendo de coche, ¿cómo no se había llevado también el equipaje?

Era un punto relativamente difícil de comprender. Claro que siempre cabía la excusa de la prisa, lo que justificaría el abandono de dos pesadas maletas llenas de ropa. Pero si Albert había muerto asesinado, ¿dónde estaba el coche?

Caminó lentamente, sumido en sus poco agradables pensamientos. ¿Y el dinero?

Cincuenta mil libras no eran una fruslería. Para muchas personas significaba la riqueza, incluso él mismo había sufrido un duro quebranto económico al reponer el dinero malversado por su hermano.

¿Rosamunda?

Se estremeció. Ella había dicho que si ponía pleito a los supuestos usurpadores de sus tierras, sería un procedimiento largo y costoso. Las cincuenta mil libras podían servirle para las costas del proceso, pero, en tal caso, ¿por qué no lo había iniciado ya?

¿Acaso pensaba dejar pasar el tiempo y que todo se olvidase o, por lo menos, que los demás se confiaran y entonces atacar súbita y despiadadamente?

Denis no sabía ya qué pensar.

Solo había una cosa de la cual estaba seguro: una carta había sido falsificada —¿por quién?— y con ella se había pretendido encubrir un asesinato.

Sus pasos le llevaron a la orilla del estanque. El sol apareció en aquellos momentos, entre un rasgón en las nubes.

Encendió un cigarrillo, mientras procuraba serenarse. Las aguas,

en aquel lugar, protegidas por la mole de la colina, estaban quietas.

Un rayo de sol atravesó la capa líquida y chocó contra un objeto, siendo captado por los ojos de Denis. El joven parpadeó.

Había algo que brillaba en el fondo de las aguas. Forzó su vista y creyó divisar una masa que no formaba parte del suelo sumergido.

Una idea se le ocurrió en aquel momento. Paseó la vista a su alrededor. El lugar era relativamente visible y no le convenía ser observado. Volvería a la noche.

Emprendió el regreso al pueblo, conteniendo difícilmente su excitación. Por fin creía haber hallado la primera prueba de la muerte de su hermano.

Cuando entró en la taberna, había un hombre hablando con Boolton. Era un sujeto fornido, de rostro ceñudo y de unos cuarenta años de edad. Denis se sentó en una mesa junto a la ventana.

Boolton se acercó a él.

—Una cerveza, por favor —pidió Denis.

—Al momento, señor Framley.

El tabernero le puso la jarra delante a los pocos momentos. Luego volvió al mostrador y continuó la charla con el cliente.

Denis bebió pausadamente. Hasta que se hiciese de noche, no tenía prisa alguna. Por fortuna, las gentes de Gellygagh eran como las aves de corral; a las nueve de la noche, las calles quedaban completamente desiertas.

De pronto, una frase que acababa de pronunciar el cliente llegó a oídos de Denis, llamando su atención de inmediato.

—Te digo que esa loca nos pondrá en un aprieto el día que se decida a pleitear.

—¿No tienes tus papeles en regla, Jerry? —preguntó el tabernero.

—Sí, pero estas cosas, ya se sabe, te lían y luego, hasta que se deshace el enredo, te gastas un montón de libras...

—Ella te resarciría luego, si se demostrase lo injusto de su demanda. El juez le obligaría, Jerry.

—Mejor será que no nos ponga pleito —gruñó el individuo—. Más le valdría vender su caserón y largarse de la comarca para siempre.

—¿Y quién se lo compraría? ¿Tú? Vamos, Jerry, no pretendas imposibles; tendremos Rosamunda Sthayr para toda nuestra vida.

Denis dedujo que el hombre era Jerry Patterson, uno de los supuestos enemigos de Rosamunda. Le oyó soltar una maldición y luego añadir:

—Esa chica está loca. No ha tenido suerte con sus novios; todos la han abandonado...

Boolton emitió una risita.

—Vamos, Jerry, no exageres —dijo—. Cualquiera diría, al oírte, que Rosamunda ha tenido los novios por docenas. Que yo sepa, fueron dos solamente... Lo que pasa es que se necesita mucho valor para casarse con una bruja.

—¡Tonterías! Si ella es bruja, yo soy un caballo. Bueno, dime qué te debo; he de volver a trabajar.

Patterson se marchó casi en el acto. Al cabo de unos momentos, Boolton vino y se sentó frente al joven.

—¿Le ha sentado bien el paseo, señor Framley? —preguntó.

—No puedo quejarme —contestó el joven—. Gellygagh tiene unos alrededores muy pintorescos.

—En julio y agosto se está muy bien. Ahora el tiempo lo echa todo a perder. Si aquí tuviéramos más iniciativa, vendrían los forasteros a bandadas y... Pero nos consume la rutina —dijo Boolton despectivamente.

—Podrían emplear para *slogan* de su propaganda los fantasmas que andan sueltos por ahí —sonrió Denis.

Boolton se puso serio.

—No es para tomarlo a broma, señor Framley —dijo.

—¿Cómo? ¿Usted también cree en los fantasmas? —dijo Denis, simulando extrañeza.

—Exactamente, no es así —contestó el posadero—. Creo en una bruja que tiene hecho un pacto con el diablo y que se aparece a las gentes por la noche. Pregunte por ahí y ya verá lo que le responden.

—Me deja usted asombrado, Hugh —dijo Denis—. Su hija Enna me habló algo al respecto, pero creí que serían fantasmas de muchacha... o que tendría ganas de burlarse de un forastero crédulo.

Boolton meneó la cabeza.

—Es la pura verdad —dijo—. Ella... quiero decir Rosamunda Sthayr, es la que ha pactado con el demonio y cuando se le antoja, se aparece a las gentes para asustarlas.

—¿Se le ha aparecido a usted? —preguntó Denis.

—Dos veces —contestó Boolton muy serio.

—¿Y... qué le dijo?

—Me amenazó con causarme graves males si no borraba su apellido de la muestra de mi taberna. Tengo tanto derecho como ella a... Bueno, no tengo por qué obedecerla, eso es todo.

Un cliente entró en aquel momento y Boolton suspendió la conversación para atenderle. Denis se preguntó qué había en el fondo de aquella enemistad latente entre Rosamunda y el posadero.

Bebió un trago de cerveza. Sería interesante, se dijo, conocer la opinión de los sujetos afectados por la posible reclamación de Rosamunda. No se sentían muy seguros de sus derechos, a juzgar por lo que había oído a Patterson.

Poco más tarde, abandonó la taberna y paseó un rato por la calle principal, hasta que vio una tienda en la que se vendía de todo. Había calculado bien; encontró una máscara sencilla para pesca submarina. La vecindad del estanque hacía que el comerciante tuviese algunos de dichos objetos a la venta. Con ella en la mano, cuidadosamente envuelta, regresó a la taberna.

El día transcurrió lentamente, en medio de un enorme aburrimiento. A las nueve y media, Denis empezó a preparar su excursión.

Los troncos ardían alegremente en la chimenea. De pronto, se sintió acometido por un ligero vértigo, pero se le pasó enseguida. Sin dar mayor importancia al incidente, preparó una gran toalla, que enrolló en torno a la máscara, ató con un cordel el paquete y luego apagó la luz.

Se acercó a la ventana y la abrió. Miró hacia abajo; la oscuridad era absoluta. Se preguntó si debía, obedecer la orden de Rosamunda de abandonar Gellygagh, el plazo expiraba dentro de dos horas y media.

Dejó caer el paquete al suelo. Luego pasó las por encima del alféizar y se descolgó.

Escuchó unos momentos. Cerca de él se veía una escalera de mano tendida en el suelo. Ya había reparado en ella cuando ideó su plan.

Procuró caminar por los lugares más oscuros; la aldea estaba iluminada por unas cuantas lámparas, por lo que pasar cerca de

ellas podía resultar comprometedor. Momentos más tarde, se hallaba ya en campo abierto, sin temor a ser visto.

Caminó con paso rápido. Un cuarto de hora más tarde se encontraba junto al estanque. Desenrolló la toalla, que dejó extendida en el suelo, y acto seguido empezó a quitarse la ropa.

El viento frío de la noche acarició su piel. Sufrió unos cuantos escalofríos, pero la temperatura desapacible no le hizo desistir de sus propósitos. Momentos después, se colocaba la máscara delante de los ojos.

Había traído también consigo una lámpara eléctrica impermeable. Solía llevarla en el equipaje cada vez que se desplazaba. El año anterior había practicado la pesca submarina en un lugar de la costa mediterránea y la conservaba desde entonces.

Tiritó al mojarse los pies en el agua de la orilla. Luego, tras una profunda inspiración, se zambulló de cabeza.

Creyó que se metía en un baño de hielo. El agua estaba terriblemente fría.

Sin embargo, procuró aislar de su mente toda sensación adversa al organismo. El fango se había removido, con su chapuzón, y por unos momentos la visión le resultó difícil.

Luego ganó unos metros. Emergió una vez, se llenó los pulmones de aire y se sumergió de nuevo.

La luz de la lámpara iluminó la estructura de un automóvil sumergido en el estanque, a unos siete u ocho metros de la superficie, cubierto casi completamente por el limo y las plantas acuáticas. Una vez localizado el vehículo, Denis subió de nuevo a la superficie para respirar.

Por tercera vez se sumergió. Ahora se lanzó rectamente hacia abajo, taloneando con furia. Alcanzó el coche y se agarró a una de las aletas.

Ya no cabía la menor duda; era el automóvil de su hermano. Una de las ventanillas estaba limpia, con el cristal parcialmente bajado, y a la luz de la lámpara pudo examinar el interior del vehículo.

En cierto modo, sintió un gran alivio al encontrarlo vacío. Había temido por unos momentos hallar el cadáver de su hermano. Lo que hubiese quedado de él, al cabo de un año de permanencia bajo las aguas.

El asesino había sido un poco más listo y no había cometido semejante error. El cuerpo del pobre Albert debía estar enterrado. Dios sabía dónde, se dijo amargamente.

Por el momento ya no tenía nada más que hacer allá abajo. Emergió de nuevo y nadó hacia la orilla.

Una vez en tierra firme, realizó unos cuantos ejercicios físicos para entrar en calor. Luego se secó y frotó fuertemente con la toalla y finalmente se vistió de nuevo.

Recogió todos los objetos. Cuando se disponía a emprender el regreso, creyó sentir cerca de él la presencia de otro ser humano.

Se volvió justo a tiempo de divisar la silueta de una persona que se le echaba encima, blandiendo un garrote de pavorosas dimensiones.

CAPÍTULO VI

Durante una fracción de segundo, Denis se quedó paralizado por el asombro. ¡Su atacante era Rosamunda Sthayr!

Vio una mancha de lívida blancura, enmarcada por una frondosa cabellera negra, y unos ojos que relucían como los de un gato en la oscuridad. Luego, la necesidad de sobrevivir se impuso a cualquier otra consideración.

Arrojó el paquete con la toalla a la cara de Rosamunda. Ella vaciló y perdió la iniciativa. El garrote, que ya bajaba, golpeó el aire.

Denis asió su muñeca. Ella intentó arañarle. Luchaba en silencio, calladamente, con las fuerzas de una tigresa enloquecida. De pronto, levantó la rodilla y le golpeó en el bajo vientre.

«¡Luchar con una mujer, qué absurdo!», pensó. Pero ella estaba dispuesta a cumplir la amenaza proferida la víspera. Recogió el garrote, que se le había caído, tras su primer ataque fallido, y descargó un segundo golpe.

Denis rodó a un lado. El palo, tan grueso como su pantorrilla, chocó sordamente contra el suelo herboso. Denis movió las piernas y golpeó las rodillas de la joven, derribándola a tierra.

Rosamunda se incorporó con singular agilidad. Dominando el dolor de la ingle, Denis se aprestó a rechazar el nuevo ataque.

Sorprendentemente, Rosamunda giró sobre sus talones y echó a correr, perdiéndose en la oscuridad a los pocos segundos. Denis quedó tendido en el suelo, aturdido parcialmente todavía, pero satisfecho de haber salvado la vida.

Porque no cabía la menor duda; Rosamunda había querido matarle.

Y ello demostraba una cosa, contundente, inapelable: era la asesina de su hermano... del hombre que debía haberse convertido en su esposo.

Se incorporó a poco, dolorido aún el bajo vientre. Respiró unas cuantas veces a pleno pulmón, hasta que se sintió considerablemente mejor.

Entonces inició el regreso. Un cuarto de hora más tarde se hallaba al pie de su ventana. Apoyó la escalera, subió a su habitación y luego, sin temor al ruido, lanzó la escalera a un lado.

Inmediatamente corrió las cortinas y encendió la luz. Consultó el reloj; habían pasado ya algunos minutos de las once.

Faltaba menos de una hora para que se cumpliera el plazo fatídico. Denis se acercó a la chimenea y se calentó un poco. Luego se sentó en un sillón y esperó.

Abajo, en la sala, se oyeron las graves notas de un carillón. Una, dos, tres... las doce campanadas de la temida medianoche.

Denis aguardó con los nervios en tensión. Los minutos pasaron y no ocurrió nada. Cerca de la una, con la sonrisa en los labios, satisfecho de haber vencido sus temores a las apariciones del más allá, se quitó las ropas y se metió en la cama y, poco después, dormía como un tronco. Su sueño fue profundo, tranquilo y no se vio turbado por la menor pesadilla.

Cuando se levantó, se sentía fresco y descansado como pocas veces. Al cabo de un rato, ya vestido, bajó, al comedor.

Enna en persona le sirvió el desayuno. La joven parecía con ganas de hablar.

—Un día magnífico —dijo sonriente—. Parece que el tiempo tiende a asegurarse. Tendremos una hermosa primavera.

—Así lo creo yo —sonrió el joven—. ¿Qué, no hay noticias de nuevas apariciones de Rosamunda Sthayr?

—Apariciones, no, desapariciones, sí.

Denis miró a la joven.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó.

—Billy Mahounny. Dicen que salió después de cenar de su casa, para venir a tomar una copa aquí, pero lo cierto es que no vino a la taberna, ni ha vuelto a su casa.

—Vaya —comentó el joven—, se habrá sentido harto de la monotonía de la vida en Gellygagh.

Enna meneó la cabeza.

—Ha sido ella —acusó—. Ahora, luchará contra la viuda de Mahounny, la pobre Melita, y ella cederá en la cuestión de sus tierras. Mahounny tenía una granja muy productiva, ¿sabe?

—Veo que está dando a Mahounny como muerto —observó Denis.

—¿Y qué otra cosa ha podido ocurrirle? Ella lo ha matado, con sus artes mágicas, por supuesto.

—Cuidado, Enna —sonrió el joven—. Si Rosamunda la oyera, podría demandarla por difamación.

Ella se encogió de hombros.

—Que lo haga —contestó desdeñosamente—. Perdería aún más que nosotros, porque se demostraría que ella lo había asesinado. Bien, dispéñeme, señor Framley; he de seguir trabajando...

Enna se alejó. Denis quedó preocupado.

Aquellos aldeanos eran gente sencilla, pero, al mismo tiempo, de limitada inteligencia, encerrada en unos angostos límites mentales, presionados por prejuicios casi seculares, de los cuales les resultaba poco menos que imposible salir.

Si se obstinaban en acusar a Rosamunda como la autora de la desaparición de Mahounny, podían llegar a cometer un disparate. Pero, por otra parte, ¿no había intentado matarle ella la noche anterior?

¿Pensaba arrojar al estanque el cadáver de Mahounny y su inesperada presencia había trastornado sus planes?

De pronto, oyó un fuerte revuelo en la calle. Poniéndose en pie, se acercó a la ventana más próxima.

La gente corría a lo largo de la calle. Una o dos mujeres chillaban angustiosamente. Boolton, el tabernero salió, soltándose las cintas del delantal.

—Estoy seguro de que han encontrado al pobre Billy Mahounny —dijo, al pasar por delante del joven.

Denis salió también a la calle. Cuatro hombres desfilaron en aquel momento por delante de él, portadores de unas angarillas, sobre las que se veía el cuerpo de un hombre, cubierto por una manta.

Jerry Mother, el policía local, iba abriendo paso entre los curiosos a los portadores de la camilla.

—Avisen al médico —gritó.

Se oyó una voz colérica:

—¡Ha sido el maldito perro negro! ¡Billy tiene la garganta destrozada a mordiscos!

Denis se quedó atónito. Así, pues, era Rosamunda la autora del crimen, si bien no de una forma directa.

Seguramente, Mahounny había intentado atacarla y «Shaitán» la había defendido. Ella ya lo había dicho bien claro; tenía el perro para protegerse de sus enemigos.

¿Por qué no lo había llevado consigo cuando le atacó en el estanque?

La comitiva se detuvo a cuarenta metros. Los portadores de las angarillas entraron en una casa. Mother, el policía, trataba de dispersar a la gente. Minutos después, salieron cuatro individuos.

Denis caminó lentamente, oyendo los más variados comentarios, aunque ninguno de ellos favorable a Rosamunda. El ambiente era muy tenso. Se hablaba incluso de linchamiento.

Llegó frente a la casa del médico. Mother le miró con curiosidad. En aquel momento, el médico apareció en la puerta.

—Jerry, entre —dijo.

—Sí, doctor.

Denis dio un paso hacia adelante.

—¿Doctor? —dijo.

El médico se volvió. Era un hombre de cuarenta y tantos años, de rostro inteligente y ojos perspicaces.

—Soy Denis Framley —se presentó el joven—. De Londres.

—Es el doctor Yeale —indicó el policía—. El señor es el hermano del prometido de Rosamunda Sthayr, aquel joven que se marchó a Australia hace un año.

—Ah —dijo Yeale—. ¿En qué puedo servirle, señor Framley?

—Quisiera entrar... Me interesan algunos aspectos de esa muerte.

—Por mí no hay inconveniente. Es Jerry el que tiene que decidirlo, sin embargo.

—Puede pasar —accedió Mother.

Entraron en la casa. El cuerpo de Mahounny estaba tendido sobre la mesa de reconocimiento.

Yeale apartó la manta. Mother lanzó una exclamación de horror. Denis volvió la vista a un lado.

El aspecto de la garganta era horrible.

—El perro se ensañó con él —dijo Mother.

—Así parece —contestó el médico—. Pero solo en apariencia.

—¿Qué quiere usted decir, doctor? —preguntó el policía.

—A primera vista, esos destrozos, que afectan sobre todo la

yugular, han sido causados por los colmillos de un perro.

—Se ve claramente, doctor Yeale; lo vería hasta el más profano en la materia —dijo Mother.

Yeale tomó una lupa que tenía sobre una mesa cercana y se la entregó al policía.

—Tome, Jerry —dijo—. Examine las señales de los colmillos.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Mother, sorprendido.

—Nunca he visto que unos colmillos de perro, al morder, dejasen señales de óxido de hierro —declaró el galeno con firme acento.

Mother respingó. Denis contuvo la respiración.

—¿Qué sugiere usted, doctor? —preguntó el policía.

—Un crimen, desde luego, que se ha tratado de presentar bajo la forma del ataque de un can furioso. Alguien ha preparado un artefacto de hierro, más o menos parecido a la dentadura de un perro, pero se olvidó de limpiarlo antes de cometer su crimen. Sin duda lo tenía guardado desde hacía mucho tiempo, esperando la ocasión propicia, y esa falsa dentadura se le oxidó.

Mother se inclinó sobre el cadáver y examinó las heridas con suma atención.

—¡Es verdad! —exclamó al cabo de unos minutos.

—Pero eso no es todo —dijo Yeale.

Los dos hombres le miraron con interés. Yeale hizo una corta pausa y añadió:

—Un perro, cuando ataca a un ser humano, no le golpea primero en la nuca para desvanecerle y poder morderle en el cuello con la mayor comodidad. La hinchazón del golpe en el occipucio subsiste todavía. Mahounny había perdido el conocimiento por completo cuando su asesino le destruyó la garganta.

Con dramático ademán, Yeale tiró de la manta y dejó el cuerpo del difunto al descubierto.

—¿Cuándo se ha visto que un hombre, atacado por un perro, tenga las ropas casi intactas? Al menos, las mangas del traje de Mahounny deberían estar desgarradas... un hombre, en semejantes circunstancias, se defiende principalmente con brazos y piernas. El perro tiene uñas y debería haberle desgarrado la parte delantera de la chaqueta. ¿Ve usted algo de eso, Jerry?

—Muy poco, nada apenas —contestó el policía—. Sí, creo que

tiene usted razón, doctor; el perro pudo atacar, pero el pobre Billy era un sujeto muy fuerte y no habría sucumbido sin lucha.

Yeale volvió a cubrir el cadáver.

—Más tarde haré una autopsia en regla —dijo—. Por el momento, ya tiene usted bastante para empezar a trabajar... y buscar al asesino.

—Tal vez esté en la colina —indicó Mother, cautamente.

—Tal vez sí... o quizá no —contestó Yeale—. Pero le aconsejo que camine con pies de plomo en este asunto. A todos —añadió desanimadamente—, nos va a dar muchos dolores de cabeza.

CAPÍTULO VII

El policía se marchó. Denis y Yeale quedaron solos.

—Así, pues —dijo Denis—, usted no cree que Rosamunda haya sido la autora del crimen.

—Personalmente, no —contestó Yeale, con voz rotunda—. Sin embargo, estimo muy difícil llevar a la mente de esas sencillas gentes de la aldea el convencimiento de la inocencia de esa pobre chica.

—Parece como si la compadeciese —observó Denis con cierta sorpresa.

—Pues no anda usted muy desencaminado, señor Framley. Rosamunda ha tenido siempre muy mala suerte.

—¿Qué clase de mala suerte?

El doctor le miró de hito en hito.

—¿Se interesa usted por ella? Iba a ser su cuñada, señor Framley —dijo.

—Es la suerte de mi hermano la que me importa, doctor.

—¿Su hermano? Abandonó a Rosamunda dos días antes de la boda y se marchó a Australia.

Denis movió lentamente la cabeza.

—Mi hermano se quedó aquí. Le hicieron quedarse... para siempre —dijo.

El médico le contempló con cara de pasmo.

—¿Está sugiriéndome la idea de un asesinato? —exclamó.

—Exactamente, doctor.

—Pero ¿qué pruebas...?

—Dos. La carta de despedida que escribió a Rosamunda, que es falsificada. Y su coche, que está a ocho metros de profundidad, bajo las aguas del estanque.

Yeale estaba asombrado.

—Es increíble —murmuró—. ¿Sospecha usted de Rosamunda?

Denis hizo un gesto afirmativo.

—Desdichadamente, así es —contestó.

—Esa chica no ha estado nunca demasiado bien de la cabeza —

musitó el galeno—. No me extrañaría en absoluto que ella...

—¿Cree que está loca, doctor?

—Yo no diría tanto. Más bien padece una manía persecutoria, pero no del tipo específicamente paranoica. Pero es manía contra ella. Sostiene que sus enemigos intentan destruirla.

—Eso es cierto; y no me negaré que existen tales enemigos, doctor.

—¿En qué se basa para afirmar una cosa semejante?

—Doctor, ¿cree usted posible que hoy se pueda asegurar, con la mayor seriedad del mundo, que Rosamunda ha vendido al diablo su alma, que «Shaitán» es el demonio en persona y que ella se aparece a las gentes para asustarlas?

—Conozco esas historias y las califico de estupideces sin sentido.

—Pero deben de tener un origen —alegó Denis.

—En todo caso, yo lo desconozco.

—Como sea, ese continuo acoso podría ser fuente de dichas perturbaciones síquicas.

—Es posible, no lo niego —admitió el galeno—. Una cosa hay cierta, la mala suerte de Rosamunda.

—¿En qué sentido? —preguntó Denis.

—Hace tres años tuvo un pretendiente. Desapareció de repente y ella se resintió muchísimo. Consiguió olvidar por fin y conoció a su hermano. Iban a casarse cuando Albert se marchó a Australia dos días antes de la ceremonia. Se necesita un espíritu muy fuerte para soportar tales adversidades sin detrimento de la salud mental.

—Entiendo —dijo el joven—. Desconocía lo del primer pretendiente.

—Ahora ya lo sabe, señor Framley. ¿Piensa investigar lo referente a la supuesta muerte de su hermano?

—Para eso estoy aquí. Y no hay muerte supuesta, sino real, doctor —manifestó Denis enérgicamente—. ¿Puedo pedirle discreción acerca de cuanto acabamos de hablar?

—No repetiré ni una sola palabra. Váyase tranquilo —sonrió Yeale.

Denis salió a la calle. Los corrillos continuaban. La gente le miró con curiosidad. Se abrió paso y regresó a la taberna.

Estaba llena de hombres que hablaban y discutían continuamente sobre la muerte de Mahounny. Denis se preguntó

quién habría ideado aquella horrible forma de matar.

Pero, sobre todo, ¿por qué culpar a Rosamunda?

Estimaba que Rosamunda sería culpable de otras cosas, aunque no de la muerte de Mahounny. Enna le había citado como uno de los adversarios de la joven; poseía una granja muy productiva y, según parecía, las tierras pertenecían a Rosamunda.

¿Era la joven capaz de matar por conseguir unas tierras que podían ser suyas, si los alegatos jurídicos la respaldaban, sin necesidad de verter sangre?

En todo caso, era un crimen estúpido, porque Mahounny dejaba viuda y un par de hijos que serían sus herederos. A no ser, claro, que fuesen menos resueltos que el difunto y cediesen con facilidad ante las pretensiones de la joven.

Pero a él, lo que más le interesaba era resolver el enigma de la muerte de su hermano. Conocía los motivos, pero aún le faltaba encontrar la respuesta a dos preguntas.

¿Quién había matado a Albert? ¿Dónde estaba su cuerpo?

* * *

Por la tarde, sacó el coche y se dirigió a la colina.

Debieron de verle de lejos, porque cuando detuvo el automóvil frente a la portalada, Leonardo ya estaba dispuesto a recibirle.

—Señor —saludó respetuosamente.

—He venido a visitar a la señorita Sthayr —manifestó Denis.

—La avisaré en el acto. Tenga la bondad de pasar, se lo ruego.

Leonardo le condujo al salón y lo dejó solo. Rosamunda vino minutos más tarde y le tendió una mano de una blancura cadavérica.

—Viene a por el equipaje de su hermano, supongo —dijo, tras los primeros saludos.

—En efecto, si no tiene inconveniente en entregármelo.

—Ninguno. Diré que se lo bajen al coche. ¿Necesitaba algo más de mí?

Denis la miró fijamente.

—Usted sabe que yo sospecho que Albert murió asesinado —dijo.

—Sí, aunque sin pruebas demasiado convincentes... —admitió

Rosamunda.

—Tenemos la carta falsificada —le recordó él.

—Podría servir como prueba, aunque no concluyente, insisto.

—Si se hubiese marchado a Liverpool, para embarcar con destino a Australia, se habría llevado el coche también, ¿no le parece?

—Es lógico pensar así —contestó ella.

—El coche se quedó también. Está en el fondo del estanque. Anoche tuve ocasión de comprobarlo personalmente.

Rosamunda tuvo necesidad de sentarse.

—Es horrible, horrible... —murmuró—. Luego es cierto que Albert fue asesinado.

—De eso no me ha cabido duda en ningún momento.

¿Permaneció toda la noche en casa?

—¿Por qué me pregunta eso? —se sorprendió la joven.

—Conteste, se lo ruego.

—No salgo nunca por las noches —dijo ella—. Pero ¿a qué viene...?

—Me sumergí en el estanque y hallé el coche de Albert. Después de salir, ya vestido, alguien intentó matarme.

—¿Y sospecha de mí? —exclamó ella.

Denis guardó silencio. Su expresión era inequívoca.

—Será mejor que salga de mi casa —dijo Rosamunda—. Hay cosas que no me siento capaz de soportar. Incluso está pensando que yo maté a Albert.

—Lo admito —declaró él sin rodeos.

—¿Por qué lo iba a matar?

—Por cincuenta mil libras, con las cuales sufragaría los gastos del, según usted, costoso pleito entablado para recobrar sus tierras.

—Le he dicho que se vaya —Rosamunda se puso el pie—. No quiero tolerar más insultos en mi propia casa.

—No se puede decir que Albert fuera un santo, pero era mi hermano —manifestó él—. Quiero hallar al asesino y le haré purgar su delito, sea quien sea.

Dicho lo cual, se encaminó con paso rápido hacia la puerta. Ella le detuvo.

—¡Un momento, por favor!

Denis se volvió a medias.

—¿Sí? —murmuró.

—Usted sostiene que yo intenté asesinarle anoche.

—Estoy casi seguro de ello —respondió Denis.

—¿Qué arma empleé, según usted?

—Un grueso garrote. Me hubiese roto la cabeza, de no haber advertido a tiempo su ataque.

Rosamunda sonrió desdeñosamente.

—Disponiendo de «Shaitán», ¿es lógico que emplease un garrote? Me bastaría darle una orden para que destrozara su garganta de una dentellada.

Denis se quedó parado.

Lo que decía Rosamunda era cierto.

—¿Por qué correr riesgos de un contrataque en defensa propia, cuando «Shaitán» podría hacer esa labor por mí?

—Sí, es verdad —murmuró él.

—Y el perro no se ha movido de casa en toda la noche. Duerme a los pies de mi cama —añadió la joven.

—Lo dice por la muerte de Mahounny.

—Sí. «Shaitán» no ha sido.

—¿De quién sospecha usted?

—No tengo la menor idea. De lo contrario, ya se lo habría comunicado al señor Mother. Ha estado a visitarme, ¿lo sabía?

—No —contestó Denis.

—Él me ha dicho que la gente de la aldea habla muy mal de mí. No me importa; mi conciencia está absolutamente tranquila. Es más, sé quien, en el fondo, es el autor de cualquier calumnia dirigida contra mí. Bruja, hermana del diablo... ¡qué sé yo cuántas insensateces más!

—¿De quién sospecha usted? —preguntó el joven.

—Permítame que calle —respondió Rosamunda—. Pero ¿cómo se puede pensar, en estos tiempos, que una persona pueda vender su alma al diablo? ¿Quién es capaz de creer que yo me aparezcó a las gentes para asustarlas y obligarlas a realizar mis deseos? ¿Lo creería usted?

Denis vaciló.

¿Podía contarle la aparición que había visto por dos veces consecutivas?

Él tenía la seguridad de que, en ninguno de ambos casos, se

trataba de una pesadilla. Sin embargo, aquellas apariciones debían de tener una explicación, la cual, por el momento, se sentía incapaz de hallar.

—Le ruego me dispense si la he molestado —contestó evasivamente.

Y abrió la puerta.

«Shaitán» entró de un salto. Sonó un grito femenino de susto.

—¡Rosamunda! ¡Este perro me va a matar a disgustos! —dijo Emily Guignes.

Denis volvió la vista y miró a la mujer. Se hallaba junto a la puerta, de tal modo que el can, para entrar en el salón, se había visto obligado a saltar sobre sus rodillas.

—Buenas tardes, señorita Guignes —saludó cortésmente—. Ya me iba.

—Buenas tardes, señor Framley —dijo la inválida—. Rosamunda, si de mí dependiera...

—Tía Emily, siento el susto que te ha dado «Shaitán», pero le tengo mucho aprecio y no pienso deshacerme de él —manifestó Rosamunda serenamente.

Denis miró a las dos mujeres alternativamente. Era perspicaz; le bastó un segundo para adivinar una latente oposición entre ambas, pero dirigida principalmente de Emily hacia su sobrina.

¿Era la invalidez el motivo de su hostilidad?

Saludó a las dos mujeres y se marchó. Minutos después, Leonardo bajó las dos maletas. Después de acomodarlas en el automóvil, Denis emprendió el regreso a la posada.

CAPÍTULO VIII

El examen que hizo de ambas maletas fue detenidísimo. Denis las cerró de nuevo, sin haber encontrado en ellas nada de particular.

El dinero, ¿dónde estaba? se preguntó una y otra vez. No solo por hallar al asesino de Albert, sino, en resumidas cuentas, también por el lógico interés de recobrar un dinero que, bien mirado, era suyo. ¿No había repuesto él la suma malversada por su hermano?

Desde la ventana, contempló la casa sobre la colina. El cuerpo de Albert no estaba en el fondo del estanque, poseía una razonable seguridad al respecto.

Sthayr House era una mansión antigua, edificada sobre los restos de un castillo más antiguo. Aquellas construcciones, se dijo, poseían sótanos, pasadizos secretos.

Una idea se le ocurrió de repente. Abandonó la ventana y se dirigió hacia la salida. Minutos después llamaba a la puerta de la casa del doctor Yeale.

El médico estaba redactando el informe.

—Mahounny murió desangrado —dijo—, pero no sintió nada, porque ya había perdido el conocimiento.

—¿Lo sabe Mother?

—Sí, pero dudo que pueda hacer mucho. Está tan desorientado como yo. ¿Quién mató a Mahounny? ¿Por qué causas? ¿Qué motivos le impulsaron a simular una muerte producida por las dentelladas de un can?

—Muchas preguntas a la vez, doctor —sonrió Denis—. En cambio, yo solo voy a hacerle a usted una.

—Adelante, muchacho —dijo Yeale bonachonamente—. ¿De qué se trata?

—Se lo diré con toda claridad. Quiero hallar el cuerpo de mi hermano, para probar concluyentemente que fue asesinado. Tengo la seguridad de que lo enterraron en alguna parte de Sthayr House.

—Si admitimos sus razonamientos, parece lógico. ¿Y...?

—Desconozco el interior de la casa. ¿No habría manera de

encontrar un plano?

—¿Piensa entrar en ella cuando todos estén durmiendo?

—Sí.

Yeale reflexionó unos momentos.

—Hoy es un poco tarde ya —dijo—. Venga a verme mañana, después del té de las cinco. Tendrá el plano.

—Gracias, doctor —Denis se puso en pie—. Siempre tendré en cuenta su valiosa ayuda.

—Rosamunda no me es especialmente simpática, aunque tampoco siento un gran odio hacia ella. Me gustaría sí, que mejorara su suerte, pero usted sigue sospechando de ella.

—Ya no, doctor —contestó el joven. Y se marchó sin añadir más.

Aquella noche, cerca de las doce, Denis volvió a oír los latidos de su corazón. El sonido le envolvía por toda partes. Sintió una angustia infinita y creyó que iba ahogarse.

Rosamunda se le apareció poco después, señalándole con un ademán acusador.

—No has obedecido mis órdenes —dijo—. Vas a morir.

Denis se sintió atacado por un terror infinito. Ella hizo un gesto y «Shaitán» apareció a su lado, como por ensalmo.

—Mátale —ordenó Rosamunda.

El perro saltó sobre él. Denis percibió su aliento y oyó el aterrador chasquido de sus mandíbulas. Un último instinto le hizo defenderse con todas sus fuerzas. Manoteó desesperadamente y rechazó al perro.

«Shaitán» cargó de nuevo. Denis agarró una almohada y se protegió la garganta. «Shaitán» gruñía fieramente, enloquecido por el ansia de matar.

Con la mano libre, Denis golpeó el hocico del animal. Había oído decir que era uno de los puntos más sensibles de los perros, y sus golpes con el filo le hicieron retroceder, aullando lastimeramente.

—¡Ataca, maldito, ataca! —gritó Rosamunda, lívida, desmelenada.

El perro saltó una vez más. Denis le dejó llegar hasta su pecho y entonces le golpeó con todas sus fuerzas.

«Shaitán» rodó por tierra. Bruscamente, la imagen se desvaneció.

Denis se precipitó sobre la lámpara. Sintió que se dormía y sus

músculos se relajaron. Luchó denodadamente consigo mismo, tratando con desesperación de mantenerse despierto. Si se quedaba dormido, su garganta estaría a merced de los afilados colmillos de «Shaitán».

Al cabo de un tiempo que le pareció una eternidad, consiguió encender la luz. El resplandor avivó considerablemente sus reflejos.

Se sentó en el lecho. Miró con ojos extraviados cuanto le rodeaba. En la chimenea ardían un par de troncos.

La cabeza le dolía, pero no hizo caso de aquella sensación. Todavía tenía los sentidos parcialmente embotados.

¿Había soñado? ¿El ataque de «Shaitán» había sido real?

La duda le afligió considerablemente. De pronto notó cierto dolor en la mano derecha.

Con aquel miembro había golpeado el hocico del can. Se miró la mano.

Tenía manchas de sangre. Sus ojos se dilataron desmesuradamente.

La almohada aparecía desgarrada por algunos puntos. Se veían huellas de dientes caninos.

Un sudor frío inundó su frente. De pronto, divisó más manchas de sangre en el suelo, allí, precisamente donde había lanzado al perro después de rechazar su último ataque.

Un intenso vértigo le acometió en aquel instante. Todo dio vueltas a su alrededor. Haciendo un poderoso esfuerzo, corrió al lavabo y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría.

Estuvo así unos minutos, hasta que la mente se aclaró casi por completo. Después de secarse, regresó al dormitorio.

Se arrodilló. La sangre estaba aún fresca. Sentíase lleno de perplejidad.

Luego examinó las huellas de la almohada. Allí habían hecho presa los dientes del perro. Se estremeció, pensar en la furia con que «Shaitán» buscaba su yugular.

Pero ¿por dónde habían entrado Rosamunda y el perro? ¿Había algún pasadizo secreto que comunicaba la posada con Sthayr House?

Cansado, exhausto, con los nervios rotos, volvió a la cama. Del intento de asesinato no se podía dudar. Pero había sido más afortunado que Mahounny. ¿Había visto él también a Rosamunda

antes de morir?

¿Empleaba la joven aquel siniestro instrumento, simulador de los dientes de un can, precisamente para desviar cualquier sospecha dirigida hacia ella?

El dolor de cabeza continuaba. Denis pensó que le convendría respirar un poco el aire libre. Abrió la ventana y se apoyó en el antepecho con ambas manos.

Una luz brillaba en Sthayr House. Se preguntó si Rosamunda estaba tras aquella ventana.

Al cabo de un minuto, se sintió mejor, aunque casi helado, cerró la ventana y agarró un tronco para echarlo a la chimenea.

Algo le manchó la mano. Era una sustancia pegajosa, como de resina que hubiera surgido de un pino cortado recientemente. Gruñó algo entre dientes y arrojó el tronco a la chimenea.

Unas llamas azuladas surgieron en el acto. El tronco chisporroteó de una manera extraña. Un suave olor, dulzón, aromático, invadió la estancia.

Denis creyó que aquel olor le llegaba hasta el interior del cerebro. De nuevo se sintió acometido por aquellos extraños vértigos. La chimenea, las llamas, los cortinajes, todo giró velozmente a su alrededor. De pronto, vio que la cama se le acercaba rápidamente.

Cuando despertó por la mañana, se encontró atravesado por el lecho, aterido de frío. Se metió entre las mantas y procuró entrar en calor, mientras se esforzaba por dominar los dolorosos latidos de sus sienes.

Empezaba a comprender, parcialmente, la verdad de las cosas. Se sintió muy débil y permaneció un buen rato entre las sábanas, hasta que notó que recobraba las fuerzas.

Procuró aparentar naturalidad el resto del día. A la hora acordada, fue a casa del médico.

Yeale le entregó un papel enrollado.

—El plano de Sthayr House —dijo.

Denis sonrió.

—¿Cómo lo ha conseguido, doctor?

—Hay una oficina delegada del registro de propiedades del condado. Jerry Mother la tiene a su cargo, además de ejercer las funciones de cuidador del orden público.

—Y se lo ha prestado él.

—Sí —Yeale le miraba fijamente—. Muchacho, usted está en condiciones de hacer cosas que la ley impide a Jerry.

—Comprendo. Jerry, de una manera indirecta, quiere que le ayude.

—Ni más ni menos. ¿Irá esta noche a Sthayr House?

—Sí —contestó Denis sin vacilar—. Iré.

—Le deseo mucha suerte. ¿Tiene armas?

—No creo necesitarlas, doctor.

Yeale abrió un cajón y sacó un revólver «Webley» calibre 38.

—Jerry opina que tal vez pudiera necesitarlo —dijo.

—Si lo emplease, podría verme en un grave compromiso —rechazó Denis—. Gracias a los dos, de todas formas.

Yeale volvió a guardar el arma.

—Como quiera —suspiró—. Sea precavido, Framley.

—Sí, doctor.

Denis regresó a la posada. Subió a su habitación, se sentó ante una mesa y desplegó el plano.

Durante más de una hora, lo estudió a conciencia, procurando grabar en su mente los menores detalles del mismo. Al terminar, lo enrolló y guardó cuidadosamente.

Dirigió la mirada hacia la chimenea. Sí, empezaba a comprender algunas de las cosas que le sucedían, aunque todavía le faltaba bastante para conocer la verdad en sus dimensiones totales.

Cenó tranquilamente y cambió algunas frases amables con Enna. La hija del posadero revoloteó en torno a su mesa, haciendo una generosa exhibición de sus encantos. Denis procuró mantener una compostura normal y, una vez que hubo terminado la cena, subió a su habitación.

Se preparó para la expedición nocturna. A las diez, abrió la ventana y saltó al suelo, como lo había hecho en una ocasión anterior.

Caminó a buen paso, hasta hallarse en las inmediaciones de Sthayr House. Había una luz en el piso bajo y se acercó cautelosamente.

El antepecho, sin embargo, quedaba un poco alto, más o menos a nivel de su barbilla. Denis miró por encima.

Tía Emily estaba en el salón, cerca de la chimenea. Leonardo, el

mayordomo, se hallaba a su lado.

Ambos parecían conversar animadamente. De pronto, Leonardo cruzó la estancia y abrió la puerta.

Denis le vio mirar a derecha e izquierda. Sin duda, temían ser sorprendidos. Leonardo cerró de nuevo y dirigió a la inválida un gesto tranquilizador.

La pareja continuó su charla. Emily Guignes parecía irritada. Leonardo daba la sensación de esforzarse por calmarla. Denis hubiera dado algo de valor por poder escuchar el diálogo.

Al cabo de unos minutos, Emily hizo un ademán de que quería marcharse. Leonardo empujó la silla y los dos desaparecieron de la vista del joven.

CAPÍTULO IX

Denis estimó que lo mejor era dejar pasar el tiempo, a fin de tener la seguridad de no ser sorprendido. Permaneció al pie de la ventana, acurrucado, confundido con las sombras, hasta que tuvo la certeza de poder penetrar impunemente en la casa.

Tanteó la ventana. Con la ayuda de una navaja, consiguió levantar el bastidor. Las últimas llamas del hogar iluminaban precariamente el salón.

Se asomó al vestíbulo. Solo había una luz encendida, que proporcionaba un mortecino resplandor. Cerca de la escalera divisó una puertecita practicada en un sólido muro de mampostería.

La puerta estaba cerrada con llave. Maldijo entre dientes por el contratiempo, aunque ya había contado con algo parecido.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo una navaja de varios usos, con destornillador. Desplegó este y se dispuso a quitar los tornillos de la cerradura.

Entonces sonó una voz suave a su lado:

—No es necesario que se esfuerce, aquí tiene la llave.

Denis se irguió, respirando intensamente. Dio media vuelta y se encontró cara a cara con Rosamunda.

La joven le alargaba la llave. Una leve sonrisa florecía en sus labios de color escarlata.

Rosamunda llevaba el pelo completamente suelto y vestía de blanco de pies a cabeza, una bata de flotantes velos, encima del camisón. Estupefacto, Denis se dijo que se asemejaba asombrosamente a la misma que él había visto aparecérselo en su dormitorio.

—Tome la llave —insistió Rosamunda—. ¿O se ha arrepentido ya de sus propósitos?

Denis alargó la mano. La llave estaba fría, pero la piel de Rosamunda ofrecía al tacto una suave calidez. Ella estaba viva, no era un fantasma ni una aparición de pesadilla.

Insertó la llave y la hizo girar en la cerradura. Abrió la puerta y divisó un interruptor.

Encendió la luz. Una escalera, tallada en la roca viva, se perdía hacia abajo.

—¿Qué piensa encontrar ahí? —preguntó ella.

—¿No se lo figura?

—¿Cree que Albert está enterrado aquí?

—Es posible que esta noche salgamos de dudas —contestó él—.

Yo iré primero, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, por supuesto. A decir verdad, le estaba aguardando.

Denis se volvió con gesto lleno de sorpresa.

—¿Quién le había anunciado que yo vendría por la noche?

Rosamunda sonrió suavemente.

—La intuición femenina —contestó.

—Es una respuesta que no vale —dijo él.

—Tendrá que admitirla. Le guste o no, nadie me dijo que usted iba a venir. Pero yo sabía que lo haría.

—Y estuvo esperando levantada.

—Me tiene a su lado, ¿no?

Denis la contempló durante unos momentos. ¡Qué distinta le parecía ahora, con aquellos ropajes blancos: Todo posible aspecto de espíritu maligno había desaparecido de su cara, en la que incluso habían aparecido colores que mejoraban notablemente su expresión. Ahora daba la sensación de ser una joven llena de vida y de energía, una mujer nueva, plena de un singular encanto que la hacía mil veces más atractiva.

—Sí, es cierto —contestó trabajosamente.

Y emprendió el descenso.

La escalera daba a un espacioso sótano, cuya bóveda estaba sostenida por varias columnas de mampostería, las cuales soportaban unos arcos de amplia curvatura. Divisó una estantería, medio llena de botellas, y un armario lleno de libros viejos.

Había también algunos muebles desechados y unas cuantas herramientas tiradas de cualquier modo en un rincón. Los hierros estaban oxidados y las maderas de los mangos aparecían semipodridas. Olía a humedad y se veía musgo en alguno de los muros.

No había hueco alguno para la ventilación, salvo, en uno de los muros y en la parte alta, una lucerna estrecha y alargada, en sentido horizontal, cubierta parcialmente de telarañas. El suelo estaba lleno

de polvo.

—¿Y esto es todo? —preguntó al cabo de unos momentos.

—No hay más —contestó ella—. ¿Qué esperaba encontrar?

—Una cripta, tal vez...

—¿Con los sepulcros de mis antepasados? —una nota irónica latía en la voz de Rosamunda.

—En cierto modo, sí.

—Lo siento. Todos mis antepasados están enterrados en el cementerio de Gellygagh. Nunca hubo en Sthayr House una cripta funeraria. Este es el único sótano de la casa.

Denis volvió a pasear la vista en sentido circular. Había algo raro en el sótano que no acababa de definir por completo. Era un detalle oculto, pero que podía saltar a la vista en cualquier instante. Sin embargo, se sentía incapaz de adivinarlo.

Golpeó el suelo con el pie.

—Y, sin embargo, el cuerpo de Albert tiene que estar aquí —insistió.

—Las paredes no ofrecen señales de que tras una de ellas se haya enterrado un hombre.

—¿A uno o dos?

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Rosamunda.

Denis se volvió hacia la joven.

—Antes de conocer a mi hermano, tuvo usted otro prometido —contestó.

Rosamunda se ruborizó.

—¿Lo ha oído en Gellygagh?

—Sí. ¿Por qué no admitirlo?

—Lo siento. Le han engañado.

—¿No es usted quien trata de mentir ahora?

—Lamento decepcionarle, señor Framley. Aquel joven no fue nunca mi prometido. Éramos buenos amigos y me visitó varias veces, con intenciones de estrechar nuestra amistad. Tuve que desengañarle; no le quería. Él lo aceptó y se marchó.

Denis calló. Rosamunda adivinó lo que pensaba.

—Duda usted todavía, ¿verdad? —dijo. Y añadió—: Se llamaba Henry Wates, y si lo desea, puedo darle su dirección en Londres. No hace siquiera tres meses estuvimos tomando el té juntos en un salón próximo a Picadilly.

—Siento haber dudado de usted —declaró el joven—. Pero yo creía que nunca salía de Gellygagh.

—Tuve que hacerlo imprescindible por cuestiones legales, relacionadas con mis propiedades... las que deberían ser mías, mejor dicho —explicó ella—. Lo cierto es, sin embargo, que desde mi regreso no he vuelto a abandonar Sthayr House.

—Comprendo —Denis suspiró—. Bien, veo que mi excursión ha resultado infructuosa.

—¿De veras lo cree así? Al menos, ha salido de dudas con respecto al cuerpo de Albert, ¿no es cierto?

Denis meneó lentamente la cabeza.

—No. El asesino del pobre Albert supo hacer bien las cosas. Tal vez cuando lo descubra averigüe dónde está enterrado.

—¿Cree que encontrará al asesino?

—Estoy seguro de ello.

—Le deseo mucha suerte —dijo Rosamunda.

—Gracias, señorita Sthayr.

De nuevo volvió el silencio. Tras algunos segundos de dudas, Denis se dirigió a uno de los muros y apoyó la espalda en él.

—¿Qué hace usted? —preguntó la joven.

—Quiero medir, aunque solo sea aproximadamente, las dimensiones horizontales del sótano —contestó él. Y empezó a caminar, procurando dar los pasos un poco más largos que de costumbre y con la mayor regularidad posible.

Luego hizo lo mismo en sentido transversal. Al terminar, miró a la joven.

—Tengo en la posada un plano de Sthayr House —manifestó.

—¡Oh! ¿Quién se lo ha proporcionado?

—El doctor Yeale. Hablamos de ello y me dijo que él me lo daría. Me he pasado la tarde estudiándolo —lanzó un suspiro—. Las dimensiones que he tomado, aunque aproximadas, corresponden en todo a las expresadas en el plano.

—¿Esperaba tal vez hallar alguna habitación secreta?

—Sí, pero veo que me he equivocado. Tendré que retirarme.

—¿Se marcha ya? —preguntó Rosamunda.

—He terminado aquí. No tengo nada que hacer.

—Es lógico.

Callaron un momento, mientras se contemplaban mutuamente.

Denis se percató de que la respiración de la joven se hacía un poco más agitada. Su esbelto pecho subía y bajaba con cierta rapidez.

—Es usted muy hermosa —murmuró.

—Por favor —rogó ella.

Denis dio un paso hacia adelante.

—Una mujer tan bella no debería encerrarse aquí permanentemente —dijo—. Tiene derecho a disfrutar de la vida, de su juventud... desterrar de una vez sus horribles trajes negros...

Ella temblaba. Denis le puso las manos en los hombros.

—¿Por qué usa siempre esos ropajes? —preguntó.

—Es difícil de explicar... Tal vez reflejan mi estado de ánimo.

—Triste y deprimido continuamente, ¿verdad? ¿No ha salido nunca de Inglaterra?

Rosamunda meneó la cabeza negativamente. Denis prosiguió:

—Tendría que viajar un poco, a un país del sur de Europa, cualquiera, no importa... El Mediterráneo, una costa con playa dorada, agua azul, cielo estallante, ausencia absoluta de nubes, alegría de vivir.

—Debe de ser maravilloso —musitó ella.

—Lo es. Si yo pudiera, viviría siempre en uno de esos pueblecitos costeros, casas blancas, tejados rojos, flores en las ventanas, sol todo el día... Nunca hay prisa, tranquilidad absoluta.

La atrajo hacia sí. Ella apenas se resistió.

—Un día me la llevaré al sur —murmuró ardientemente.

—Por favor —rogó la joven.

Denis notó la calidez de su pecho y se inclinó hacia ella. Fue un beso suave, delicado, rozando con sus labios los de Rosamunda. Ella se estremeció vivamente, pero no hizo el menor ademán de retirarse.

El joven se separó segundos después.

—Si la he molestado, dispénsame.

Rosamunda sonreía.

—Todo lo contrario —contestó—. Ha sido maravilloso.

Denis comprendió que no debía forzar más la situación. ¿Estaba enamorándose de Rosamunda?

—Gracias —murmuró, estrechando su mano con fuerza—. ¿Vamos?

Ascendieron al vestíbulo.

—Saldré por el mismo sitio que he llegado —dijo él—. ¿Podré venir a visitarla mañana?

—Venga siempre que quiera —invitó Rosamunda sinceramente.

Denis volvió a la posada después de medianoche. La excursión, según se mirase, no se podía considerar como una fracaso absoluto.

Sentíase desvelado. Desplegó el plano y volvió a estudiarlo durante unos minutos.

¿Qué había encontrado de raro en el sótano? Por el momento, se sentía incapaz de definirlo, pero estaba seguro que acabaría por descubrir el sitio secreto donde, en su opinión, estaba enterrado su hermano.

El doctor Yeale le preguntó a la mañana siguiente si había encontrado algo de particular.

—Nada en absoluto —contestó Denis.

CAPÍTULO X

Por la tarde, no tenía nada que hacer y volvió a Sthayr House.

Leonardo le recibió, indicándole que Rosamunda estaba en otro salón de la planta baja. El mayordomo consultó con la joven y ella accedió a recibirle.

Aquella pieza ofrecía una disposición curiosa. Una de sus paredes estaba totalmente encristalada, aunque de manera ya muy antigua, y daba a un largo balcón, con marquesina, sustentada por unos postes de madera. La barandilla era asimismo de madera.

Rosamunda leía en el balcón, sentada. «Shaitán» yacía a sus pies. Denis sintió una viva satisfacción al ver que la joven había desechado por fin sus negros ropajes.

Ahora Rosamunda llevaba un sencillo vestido de color azul oscuro. Cuellos y puños de encaje blanco. Aquella sencilla nota de color bastaba para transformar su aspecto casi totalmente.

«Shaitán» se incorporó un tanto y gruñó sordamente. Ella le ordenó tumbarse y el fiel perro obedeció en el acto.

Rosamunda se levantó y salió al encuentro de Denis.

—¿Ocurre algo en particular? —preguntó, tras los primeros saludos.

—No. Simplemente, he sentido el deseo de venir a verla —contestó él, reteniendo todavía su mano—. ¿Es malo eso?

Ella sonrió, ligeramente sonrojada.

—No, si no piensa que soy una mujer que ha hecho un pacto con el demonio —contestó.

—Nunca doy crédito a historias disparatadas —dirigió la vista hacia el balcón—. Desde aquí se ve un panorama espléndido —añadió.

—¿Quiere verlo mejor? —invitó ella—. Venga, acérquese.

Cruzaron la puerta encristalada y salieron fuera. Denis alcanzó la barandilla y dio un paso hacia atrás, bruscamente.

—¿Padece de vértigo? —preguntó Rosamunda.

Denis hizo un signo negativo.

—Impresiona la vista desde aquí —contestó.

Se inclinó un poco y miró hacia abajo. El borde del estanque parecía hallarse casi en vertical del precipicio, ciento cincuenta metros más abajo. Realmente, era una vista maravillosa.

—Me gusta venir aquí cuando tengo ocasión —declaró Rosamunda.

—La contemplación del panorama debe calmar mucho los nervios —dijo Denis. Apoyó una mano en la barandilla—. ¿Es segura?

—Por supuesto. ¿Tiene miedo de que se rompa?

—El tiempo trabaja siempre en contra de las maderas expuestas a la intemperie. Una caída desde aquí resultaría fatal.

—Es un balcón muy sólido —contestó ella—. Además, la mitad por lo menos descansa sobre el suelo. No hay miedo de que se venga abajo.

—Lo celebro —Denis miró al perro—. ¿Hace mucho que lo tiene?

—Menos de un año. Lo compré después de que... —Rosamunda le miró lastimeramente.

—Sí, entiendo —dijo él—. Y lo compró para protegerse de sus enemigos.

—Justamente. «Shaitán» es un cachorro, aunque ya algo crecido. Puede decirse que es mi único amigo.

—Cuenta con tía Emily...

Rosamunda hizo un leve gesto de desagrado, que no pasó desapercibido para el joven.

—«Shaitán» es mi único amigo —insistió—. Tía Emily no tenía adónde ir cuando quedó inválida y me ofrecí a recogerla.

—¿Y a mí? ¿No me considera un amigo?

Rosamunda dudó un poco.

—Espero tener pruebas —contestó con voz apenas audible.

—¿Qué pruebas?

—Las que habrá de darme con el transcurso del tiempo.

—Entiendo. Procuraré no decepcionarla, Rosamunda... si me permite llamarla por su nombre.

Ella hizo un signo de asentimiento. Luego, variando el tema, dijo:

—Si vamos al otro salón, podrá tomar el té conmigo.

Denis rechazó cortésmente la oferta.

—He de volver a la posada —dijo—. Otro día.

—Creí que estaría más tiempo conmigo.

—Tengo que hacer —respondió él, evasivamente.

Rosamunda no quiso insistir. Abandonaron el salón. Al cruzar la puerta, vieron al doctor Yeale conversando con la inválida.

—¡Hola! —saludó el galeno alegremente—. ¿Ha venido a distraer a esta muchacha empeñada en su enclaustramiento? Necesita distracción, Rosamunda —se dirigió a la dueña de la casa—. Usted no quiere hacerme caso, pero si me escuchase, en pocos días se le irían las fantasías que tanto la atormentan. Bueno, tengo que volver al pueblo, me esperan mis pacientes.

Se volvió hacia la inválida.

—Emily, tenga un poco de paciencia —dijo—. Creo que mejorará bastante con estas medicinas. Si esto fuera así, y tengo plena confianza, pronto podríamos intentar una operación que le devolviese el uso de sus extremidades inferiores.

—Gracias, doctor —contestó Emily.

—Volveré mañana a verla —prometió Yeale—. Rosamunda, aleje las fantasías de su cabeza. Sea una chica sensata... y encuentre pronto a un hombre que la haga feliz; esto es lo que de veras está necesitando.

Miró a Denis y sonrió maliciosamente.

—¿O lo ha encontrado ya? —añadió.

—Doctor —dijo Rosamunda, encarnada como una cereza.

—Bien, me marcho. ¿Se queda, amigo Framley? Tengo el coche en la puerta.

—Se lo agradezco, doctor; así me ahorraré la caminata —aceptó Denis la invitación.

Se despidieron de las mujeres y, poco después, estaban en camino hacia la aldea. A cien metros, el doctor Yeale meneó la cabeza y dijo:

—Me preocupa la salud de esa muchacha.

—¿Por qué? ¿Padece alguna enfermedad?

Yeale quitó una mano del volante y se tocó la cabeza con el índice.

—Su enfermedad está aquí —contestó significativamente.

—¿Cree que acabará loca?

—Está empezando. Su obsesión por los enemigos que dice tener

en la aldea...

—Por lo que he podido observar, es cierto —dijo el joven.

—¡Bah! No haga caso. Su reclamación de algunos enemigos. Imagínese usted que posee un terreno y que viene un chiflado cualquiera a decirle que es suyo y que si no se lo entrega, le pondrá pleito. Aunque no le haga nada, usted, más o menos, será enemigo de ese loco, ¿verdad?

—Siendo así... Pero ¿qué me dice de Boolton?

—¿El posadero? Oh, ahí sí que tiene ella algo de razón, pero no toda.

—Rosamunda quería borrar el nombre de Sthayr del rótulo de la posada. Y amenazó con hacerlo cualquier día. Eso lo oí yo en persona.

—¿Ve? Una prueba más de que la cabeza de esa chica no rige bien del todo. Ahora la gente ya no se fija tanto en esas cosas.

—¿Qué cosas, doctor?

—Según dicen, Boolton es hijo de una hermana del padre de Rosamunda. Lo que pasa es que... bueno, Boolton no nació de un modo muy legal que digamos, ¿comprende?

—Sí, pero la diferencia de edad...

—La tía de Rosamunda, no Emily, por supuesto —dijo Yeale con una risita—, era la mayor de los hermanos. El padre de Rosamunda era el benjamín de la familia... y fueron siete. Imagínese las diferencias de edades.

—¡Caramba! —exclamó Denis, sinceramente asombrado—. Sí que fue una familia numerosa. ¿No queda ningún superviviente?

—No, nadie, salvo Rosamunda. Emily, en realidad, es hija de un pariente lejano. Por eso le da el nombre de tía.

—Así que Rosamunda es el último miembro de la familia Sthayr.

—Y Boolton, por supuesto... Ah, ya estamos llegando. ¿Le dejo en la posada?

—Es usted muy amable, doctor. Su charla ha resultado sumamente instructiva.

—No tiene que darme las gracias, fue un placer. Hasta la vista, Framley.

Denis entró en la posada. Lo primero que vio fue la hinchada nariz del posadero.

Boolton había estado casi dos días sin aparecer por el mostrador.

Enna le había dicho que su padre sufría un fuerte resfriado. La nariz de Boolton era ya de por sí bulbosa, pero ahora parecía tener un tamaño muy superior al normal.

Saludó al posadero brevemente, charló con él unos minutos, mientras se tomaba una cerveza y luego subió a su habitación.

* * *

Hacía frío. Denis se subió el cuello de la chaqueta. Estaba junto a la ventana, oculto por los cortinajes, respirando el aire puro del exterior.

Los troncos ardían en la chimenea. Denis se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo.

Asomó la cabeza ligeramente entre las cortinas. Desde allí, parecía que su cama estuviese ocupada. Una vez más, notó aquel olor pesado y dulzón que tantas náuseas y vértigos le daba.

Se retiró con presteza y volvió a llenarse los pulmones de aire. La sensación de malestar desapareció enseguida.

Consultó su reloj de pulsera. Faltaban muy pocos minutos para que diesen las doce.

La puerta del dormitorio se abrió de pronto. Alguien entró cautelosamente. Denis captó el rumor de unos pasos pesados. Una persona se detuvo a corta distancia de la cama.

—Denis Framley —dijo alguien con voz cavernosa—. Escúchame con atención. Pronto vas a ver a Rosamunda Sthayr... Vendrá vestida enteramente de blanco, como los fantasmas, con el pelo suelto y los ojos llameantes... Aparecerá por la pared situada frente a la ventana... ¿La ves? Ya se acerca... ya viene... acompañada de su perro diabólico... Mírala... mírala... No anda, se desliza, como los fantasmas... Escucha ahora su voz... Oye a Rosamunda Sthayr...

El intruso se calló un momento. Luego volvió a hablar, aunque con un tono de voz distinto:

—Te ordené que abandonaras la aldea, Denis Framley. No has hecho caso de mis mandatos y vas a morir. ¡Mátale, «Shaitán»! ¡Mátale!

El intruso dio un salto hacia adelante y se precipitó sobre la cama, llevando un extraño objeto en las manos. Cayó sobre el lecho con todas sus fuerzas.

—¡Mátale, «Shaitán»! —repitió.

De repente, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Eh? ¿Qué rayos...?

Entonces, Denis abandonó su escondite y, cortésmente, preguntó:

—¿Quiere que se lo explique, amigo?

CAPÍTULO XI

Denis dio un par de pasos en sentido lateral y encendió la luz. A tres metros de distancia, Boolton, el posadero, le contemplaba con ojos llenos de pasmo.

—Un truco muy bonito para hacer creer a la gente en las apariciones de Rosamunda Sthayr, ¿verdad?

Boolton tenía ambas manos ocupadas por aquella extraña herramienta. Denis la estudió durante un breve espacio de tiempo.

Sustancialmente, se trataba de unas grandes tijeras de podar, de largos mangos, pero, en lugar de hojas cortantes, tenía unas toscas mandíbulas de hierro, forjadas de modo que simulasen la dentadura de un perro. Al mover las palancas, las mandíbulas se abrían y cerraban con estremecedor sonido.

Aquel mortífero instrumento era el que había seccionado la yugular de Mahounny. Boolton se dio cuenta de que Denis le había descubierto.

Saltó hacia él furiosamente, tratando de alcanzar su garganta. Denis se había prevenido ya al respecto y levantó el brazo izquierdo, fuertemente protegido por una ancha tira de manta enrollada en torno al mismo.

Las mandíbulas mordieron inofensivamente. Denis golpeó con saña la nariz del posadero. Boolton emitió un rugido de dolor y retrocedió. El daño era tal que soltó la mortal herramienta y se llevó ambas manos a la parte afectada.

Denis se le arrojó encima y, sujetándole por ambos brazos, le hizo girar en redondo, inmovilizándole por completo.

—Usted mató a Mahounny —dijo.

—Suélteme —gruñó Boolton.

—Está perdido —habló Denis—. Le colgarán por asesinato... por dos asesinatos cuando menos. Usted mató a mi hermano.

—¡No, no fui yo! —protestó el posadero.

—Entonces, ¿quién cometió el crimen?

Boolton apretó los labios. Denis subió su brazo izquierdo y le oprimió la garganta con fuerza.

—¿Prefiere que lo estrangule? ¡Hable! —ordenó.

—No... tengo nada que... decir... —contestó tercamente el posadero, hablando con dificultad a causa del brazo que le oprimía el cuello.

—Los troncos que quemaban en la chimenea estaban parcialmente impregnados de una sustancia narcótica. Eso no se le ocurre a un tipo como usted, Boolton. Alguien le indicó lo que debía hacer. ¿Quién fue?

—No... no hablaré...

—Ese hombre, quienquiera que sea, le enseñó a simular las apariciones de Rosamunda. El narcótico que se quemaba con los troncos, proporcionaba una gran sensibilidad al cerebro, haciéndole extraordinariamente receptor a los estímulos externos. De este modo, la voz de cualquier persona que hablase a un sujeto que estuviese bajo los efectos de la droga, creaba en este visiones, que luego, al despertar, confundía con auténticas apariciones de la señorita Sthayr. ¿Quién le indicó que hiciera una cosa semejante?

Denis apretó más todavía. Boolton manoteó desesperadamente.

—Es... pere... déjeme... Se... lo diré...

Centrada su atención en su prisionero, Denis no se dio cuenta de que la puerta se abría lentamente. Una mano asomó por la abertura.

El posadero emitió un gemido de espanto.

—¡No! —dijo.

Denis alzó la vista. Algo surcó el aire con gran rapidez, yendo a clavarse en el pecho del posadero. Boolton se estremeció con fuerza.

La puerta se cerró de golpe. Denis soltó a su prisionero y corrió hacia la salida. Alguien dio dos vueltas a la llave al otro lado de la madera.

Denis se mordió los labios. Imposible perseguir al intruso.

Se volvió. Los cabellos se le erizaron de espanto.

Boolton yacía en el suelo, moviéndose débilmente. Una de sus manos estaba engarfiada en torno a un objeto rematado por unas aletas de brillantes colores.

Denis se arrodilló al lado del posadero. Enormemente asombrado, vio que tenía clavado en el pecho un dardo de los que se usaban abajo, para diversión de los clientes.

Boolton sufrió una terrible convulsión. Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero, de repente, se quedó quieto, petrificada en

su rostro la última mueca de horror.

Con gran cuidado, sobreponiéndose al temor que sentía, Denis separó la mano del tabernero. Sacó un pañuelo y asió la parte gruesa del dardo. Al extraerlo, pudo advertir la anormal longitud de su punta de hierro.

Los dardos corrientes tenían una punta de un centímetro, aproximadamente. La del proyectil que había matado a Boolton medía quince centímetros, por lo menos, y su grosor era también superior al normal.

Simplemente, era un punzón volador, arrojado con mortífera precisión. El hierro había penetrado hasta el corazón, causando una muerte prácticamente instantánea.

Denis se quedó perplejo. ¿Qué hacer?

La presencia de un cadáver en su dormitorio podía ponerle en un serio aprieto, pero ¿qué sucedería sí, al intentar deshacerse de él, le sorprendían?

Reflexionó durante algunos minutos. Por fin, llegó a la decisión que estimó más acertada.

Apagó la luz y, sin pensárselo dos veces, saltó por la ventana. Segundos después, corría a la casa de Jerry Mother.

El policía tardó algunos minutos en asomarse a una ventana del piso superior.

—¿Quién es? —preguntó con voz soñolienta—. ¿Qué desea ahora?

—Señor Mother, soy Framley. Haga el favor de vestirse, se lo ruego. Ha ocurrido algo horrible...

—¿Algún accidente?

—Por favor, el sitio no es propicio para explicaciones. Baje pronto, se lo ruego.

—Está bien. Me vestiré enseguida. No se mueva de ahí.

Denis aguardó, mordiéndose las uñas de impaciencia. Por fin, tras un tiempo que le pareció interminable, se abrió la puerta de la calle.

Mother salió, poniéndose la chaqueta, con la gorra caída sobre la nuca.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, mientras se abotonaba la prenda de uniforme.

—Boolton. Ha muerto asesinado en mi habitación —declaró

Denis de golpe.

Mother, le contempló con ojos llenos de asombro.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Segurísimo. ¿Le habría despertado a estas horas por una tontería? —contestó Denis malhumoradamente.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Boolton intentó matarme...

Denis relató sucintamente los hechos. Mother estaba atónito.

—Bien, vamos allá —dijo—. Haré una inspección ocular y luego veremos qué dice el médico.

Corrieron hacia la posada. La puerta exterior se hallaba cerrada.

—En vez de llamar la atención de la señora Boolton y de su hija, será preferible entrar por la ventana de mi cuarto —propuso Denis—. Suele haber una escalera al pie del muro.

—Sí, en todo caso, ya las despertaremos más tarde.

Dieron la vuelta a la casa. La escalera estaba en el lugar indicado por el joven.

—Yo subiré primero —dijo Mother, invistiéndose de la dignidad apropiada a su cargo.

Denis no podía oponerse. Una vez apoyada la escalera en la pared, Mother emprendió la ascensión. El joven le siguió en el acto.

Mother penetró en el dormitorio. Denis entró segundos después.

—Boolton está...

El joven se calló. Mother le contemplaba con interés.

—Boolton no está —dijo.

Denis creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.

—¡Pero yo mismo le vi morir! —exclamó.

Irónicamente, Mother levantó los ropajes de la cama y miró debajo.

—Su cadáver no está aquí tampoco —declaró.

Denis corrió hacia el cuarto de baño. Estaba vacío.

—Es incomprensible —exclamó—. Han tenido que llevarse su cadáver...

—¿Cómo? ¿Volando?

Denis miró al policía con el ceño fruncido.

—No es cosa de broma —gruñó—. Le aseguro que Boolton intentó asesinarme y que un desconocido le mató, cuando ya estaba a punto de declararme el nombre de la persona que había urdido

este plan. Le lanzó un dardo, con una punta de hierro anormal, de más de quince centímetros...

—También dijo que le cerró la puerta por fuera, ¿no es cierto?

—Mother cruzó la estancia y, asiendo el tirador, abrió la puerta—. No está cerrada ni hay llave alguna —señaló.

Denis se sentía completamente aturdido.

Dirigió la vista hacia la chimenea. ¿Habría soñado de nuevo?

Mother le habló en tono lleno de severidad:

—Señor Framley, siento tener que decirle que todo lo que me ha contado no es sino el producto de una pesadilla, que usted confundió con la realidad. Sí, puede que existan esas mandíbulas de hierro, puesto que el doctor Yeale lo aseguró, pero el asesino de Mahounny las tendrá a buen recaudo. Usted soñó que le atacaban, eso es todo.

Se encaminó hacia la ventana.

—Una de las faltas más graves que puede cometer un policía británico es penetrar sin permiso en una casa ajena. Confío en que el señor Boolton no me lo tenga en cuenta... si llega a enterarse.

—¿Cree que lo sabrá desde el otro mundo? —preguntó Denis.

—Mañana nos enteraremos... Luego, mejor dicho, puesto que ya son más de la una de la madrugada. Tranquilícese, señor Framley, y si le es posible, tome un calmante. Así podrá dormir apaciblemente el resto de la noche.

Denis se quedó solo, furioso, perplejo... y hasta asustado.

¿De verdad no se había tratado de una pesadilla?

Contempló los troncos de la leñera. Estaban impregnados de aquella sustancia narcótica, que tantos vértigos y náuseas le producía. Ciertamente, al abrir la ventana, los efectos del gas se habían disipado.

Pero ¿cómo una pesadilla podía parecer tan real?

Además, ¿no había hallado la explicación de la forma en que Boolton había imbuido en su mente la supuesta presencia de Rosamunda y el perro?

Pesadilla sobre pesadilla, se dijo. Todo estaba en orden, no había cadáver, no había mandíbulas de hierro, no había dardo mortífero...

De repente, vio algo sobre la alfombra. Era una mota de color muy brillante, rojo escarlata. En un principio creyó que era sangre.

Se arrodilló. Estaba equivocado. No era sangre.

Pero aquel pequeño objeto le confirmó que todo lo sucedido en su dormitorio había sido auténticamente real. Era un fragmento de una de las plumitas estabilizadoras del dardo.

Se incorporó, contemplando aquel trozo de pluma, que era artificial, ciertamente, de plástico, para una mayor duración en el dardo. Sin duda, se dijo, se había desprendido cuando alguien recogió el arma mortífera con precipitación.

¿Y el cadáver de Boolton?

Se metió en la cama lentamente, invadido por una sensación de frustración que no podía dominar por completo. Sin embargo, en alguna medida, se sentía satisfecho.

Había descubierto el truco para provocar apariciones. Solo tenía que averiguar si las personas que aseguraban haber visto a Rosamunda confirmaban sus primitivas manifestaciones.

Porque empezaba a darse cuenta de que alguien había urdido una conspiración para despojar a la joven de lo que legítimamente le pertenecía.

CAPÍTULO XII

Enna le sirvió el desayuno con cierta moderación en sus ademanes habitualmente desenvueltos, pero sonriente y amable por lo demás. Habló brevemente con el joven mientras terminaba de prepararle las cosas y luego se despidió de él.

—¿Y su padre? —preguntó Denis—. ¿Ha mejorado ya del catarro?

Enna vaciló un instante en la respuesta.

—¡Oh, sí! —dijo al cabo—. Se sentía tan bien, que se fue anoche a Mold. Una hermana suya estaba bastante grave y, aunque no le gusta conducir por la noche, no quiso permanecer en casa. Estará fuera algunos días.

—Comprendo —dijo el joven—. Deseo que su tía se mejore, Enna.

—Muchas gracias, señor Framley.

La joven se alejó. «Miente», pensó Denis.

Alguien obligaba a Enna a mentir. La presionaban de alguna forma... ¿Tal vez bajo amenazas de muerte?

Desayunó con más apetito del que habría creído. Al terminar, salió a la calle.

Mother se paseaba tranquilamente arriba y abajo.

—Boolton está en Mold —dijo—. Se fue anoche, poco después de las diez.

—Su hermana está enferma, ¿no es cierto?

—Así me lo ha dicho la señora Boolton —contestó el policía.

—Ah, ya. ¿Cómo recibió Boolton el aviso de la enfermedad de su hermana?

Mother vaciló un momento.

—Bien... Supongo que por teléfono —respondió, no muy seguro de sí mismo.

—Ya —sonrió Denis—. Oiga, entre Gellygagh y Mold no hay teléfono automático. ¿Por qué no pregunta a la telefonista? Creo que es también encargada de la estafeta de correos, ¿verdad?

—Sí, en efecto... pero no puedo hacerlo, señor Framley.

—¿Por qué? —quiso saber el joven.

—Bueno, no tengo sospechas de que Boolton haya cometido ningún acto delictivo. Hacer una pregunta semejante significaría tanto como violar su correspondencia sin una orden judicial.

Denis apretó los labios. «Los malditos escrúpulos legalistas», se dijo.

Pero Mother tenía razón. Era una pregunta que no se podía formular, a menos que existiese la sospecha fundada de que Boolton hubiera cometido un delito.

Lo cual, ciertamente, no se podía probar.

Ocultó su decepción tras una cortés sonrisa.

—Muchas gracias —dijo.

Y siguió su camino.

El aserradero de Patterson estaba en plena actividad. Denis preguntó a un operario por su dueño y este le indicó el lugar donde podría encontrarlo.

Patterson vigilaba el transporte de unos troncos. Denis se le acercó. El ruido era ensordecedor.

—¿Qué desea? —preguntó Patterson a voces.

—Hablar con usted, pero en otro sitio donde no tengamos que gritar —contestó el joven.

Patterson le miró con desconfianza. Luego hizo una seña a un operario para que ocupase su puesto y echó a andar hacia un edificio próximo.

Entraron en un despacho. Patterson cerró la puerta.

—Usted es Framley —dijo.

—Veo que me conoce —sonrió Denis.

—Le he visto varias veces por la posada. Algo he oído hablar de usted.

—Y de mi hermano Albert.

—Sí, el que dejó plantada a la loca de Sthayr House. Hizo bien, créame.

—¿Usted también es de los que piensan que Rosamunda está loca?

—El que no está loco soy yo, aunque puede que me vuelva algún día —repuso Patterson desabridamente—. Imagino que no ha venido a hablarme de la señorita Sthayr.

—En cierto modo, sí —dijo Denis—. Según tengo entendido, hay

muchos que la consideran como vendida al demonio y con ciertas facultades... digamos especiales.

Patterson se puso rígido.

—Es una bruja —masculló.

—¿Por qué? ¿Porque se le ha aparecido a usted un par de veces y le ha ordenado que le ceda sus tierras?

—¡Maldita sea, sí! Y no lo he visto yo solo, sino también mi mujer.

Denis se quedó parado.

—¿También su mujer? —repitió.

—Sí. Oiga, si fuese yo solo, podría dudar... pero cuando son dos personas las que coinciden en una misma cosa, es preciso creerlas, ¿no?

—Por supuesto —admitió Denis—. Dígame, ¿habló Rosamunda cuando se les apareció?

Patterson soltó una maldición.

—Sí... —rezongó—. Mi mujer aún no se ha repuesto del todo... Ella nos ordenó cederle los terrenos del aserradero... ¡Pero son míos! —protestó el hombre con gran vehemencia.

—Alguna razón tendrá Rosamunda para formular tal petición, ¿no le parece?

—Si es así, ¿por qué no lleva el caso a los tribunales? Escuche, maldita sea, tengo trabajo y usted me hace perder el tiempo...

—Aguarde un momento. Solo la última pregunta, por favor.

—Está bien —contestó Patterson, con ficticio aire de resignación—. Desembuche pronto, por favor.

—Gracias. Se trata de lo siguiente: ¿Tienen ustedes chimenea en su dormitorio? ¿La encienden más o menos cuando se retiran a descansar?

Patterson le miró sorprendido.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Conteste, por favor. Dije una pregunta y, aunque parezcan dos, se refieren al mismo tema. ¿Encienden la chimenea por la noche cuando van a dormir?

—Sí, claro; muchos lo hacemos en Gellygagh...

—Muchas gracias, señor Patterson; eso es todo. Dispénsame por las molestias. ¡Adiós!

Denis dio media vuelta y abandonó el aserradero. Sus sospechas

empezaban a tomar cuerpo.

A media tarde, había hablado con varios de los supuestos enemigos de Rosamunda.

Todos ellos habían coincidido en una misma respuesta: tenían chimenea en el dormitorio y la encendían por las noches durante el tiempo frío.

Había una cosa que explicaba semejante coincidencia en poseer una chimenea en el dormitorio; todos los afectados por las apariciones eran gente acomodada, lo cual no significaba una mayor lucidez de espíritu ni un grado superior de intelectualidad.

Gente acomodada... y con posesiones, pero cortos de mente. Un plan bien ideado... ¿por quién?

Por el asesino de Albert, no cabía la menor duda.

Cuando llegó por la tarde a la taberna, vio a Yeale jugando una partida de dardos.

Sus contendientes parecían burlarse de él, aunque en sentido amistoso.

—Vamos, doctor —dijo uno de ellos—, hoy no da una.

—¿Dónde está su famoso pulso? —preguntó otro—. Siempre nos derrotaba a todos...

—Las cosas no salen bien todos los días —contestó —el galeno bonachonamente—. A lo mejor es que me ha puesto nervioso la señora Myrne.

Estalló una salva de carcajadas. Denis oyó comentar que la señora Myrne era la mujer más parlanchina de la aldea. Yeale tiró el último dardo y alcanzó una puntuación no muy elevada, aunque tampoco demasiado baja.

—Bueno, chicos —dijo—, se ve que hoy no tengo el día propicio. Las cervezas vuestras, por mi cuenta. Ya me desquitaré mañana.

Vio a Denis y se le acercó sonriendo.

—Suelo venirme un rato aquí a despejar la mente —dijo—. Es gente sencilla, supersticiosa en general —bajó la voz—, pero les aprecio a todos.

—Se comprende, doctor. ¿Tomamos una cerveza? —invitó el joven.

—No, ya me iba. ¿Qué ha encontrado de nuevo?

—Poca cosa —contestó Denis—. Es un asunto muy difícil.

Yeale hizo un gesto de pesar.

—Sí, muy difícil —convino.

Y se marchó.

Denis se acercó al mostrador. Enna le sirvió una jarra de cerveza. Tenía los ojos enrojecidos.

Denis advirtió el detalle. Así supo que Enna conocía la muerte de su padre.

Pero alguien la obligaba a callar. La muchacha tenía miedo. Se veía claramente.

Enna se alejó para servir a otro cliente. En aquel momento, entró Mother.

El policía exploró el local con la vista. Divisó al joven y se le aproximó.

—Tengo que hablar con usted —murmuró.

—Adelante, le escucho —invitó Denis.

—Boolton ha sido encontrado. Muerto. Dentro de su furgoneta.

Denis se mantuvo impasible.

—¿Cuándo?

—Hace poco. El vehículo estaba en el fondo de un barranco, a ocho millas de Mold. El terreno es bastante accidentado en aquel lugar.

—La autopsia demostrará que recibió una herida mortal antes de su supuesta muerte en accidente.

—Lo dudo mucho, señor Framley.

—¿Por qué?

—La furgoneta se incendió al chocar contra el fondo del barranco. El cuerpo de Boolton quedó completamente carbonizado.

Denis guardó silencio unos instantes. Un truco diabólico para deshacerse de un cadáver sin despertar sospechas.

—Supieron el nombre del propietario por las letras en relieve de las placas de matrícula. Entonces me avisaron —explicó Mother.

—Ya —murmuró Denis.

—Y, de paso —agregó el policía—, aproveché la ocasión y pregunté a la telefonista. Boolton no recibió mensaje alguno anoche. Su hermana, por otra parte, se encuentra perfectamente —Mother torció el gesto—. ¡Demonios, qué compromiso! Ahora tengo que dar la noticia a la viuda...

Miró al joven como pidiéndole ayuda. Denis contestó:

—Mother, ¿usted desea que yo le ayude? —preguntó.

—Desde luego —contestó el policía ardientemente.

—Entonces, no diga nada a la señora Boolton... Deje que todo siga como hasta ahora. Hable con la telefonista y recomiéndele silencio. Que no divulgue bajo ningún concepto la muerte de Boolton.

Mother le miró fijamente.

—¿Qué es lo que se propone usted, señor —preguntó.

—Capturar al asesino, por supuesto.

—Pero él debe saber ya que Boolton ha muerto, carbonizado, al menos de una manera oficial —alegó el policía.

—Sí, pero en cambio ignora que nosotros lo sabemos. Ignora también que sabemos que lo de la llamada de su hermana es falsa, ¿comprende?

Mother meneó la cabeza.

—Solo a medias, pero soy un simple policía de pueblo y haré lo que usted me diga, señor Framley.

—Gracias, Mother. En ese caso, suba a mi habitación después de la cena. Busque un pretexto, el que se le ocurra, pero no deje de acudir.

—Acudiré —prometió el policía con voz firme.

CAPÍTULO XIII

Denis se había comprado una potente lupa y escrutaba el plano de Sthayr House milímetro a milímetro.

Después de un largo rato de examen, encontró por fin lo que buscaba. Entonces llamaron a la puerta.

—¡Pase! —invitó.

Mother entró y cerró cuidadosamente. Se acercó a la mesa y contempló la labor del joven en silencio.

—Mother —dijo Denis al cabo de un momento—, creo que usted tiene, además, a su cargo, la oficina delegada del registro de propiedades.

—En efecto, señor, así es —contestó el policía.

—A título privado —Denis hablaba sin dejar de examinar el plano con la lupa—, ¿qué opina usted de las pretendidas reclamaciones de Rosamunda Sthayr?

—Bien, yo diría que tienen un cierto fundamento, aunque ninguna base legal en qué apoyarse. Si ella encontrase los viejos títulos, Patterson y los otros podrían verse en un aprieto muy serio.

—De modo que hay unos títulos viejos que, por lo visto, no aparecen.

—Así es, señor.

—Entonces, ¿cómo ocupan ellos las tierras?

—En un principio, los actuales propietarios, sus padres, mejor dicho, eran arrendatarios del abuelo de Rosamunda. Este murió, pero, en el momento de legalizar la herencia, no aparecieron los documentos. Parece ser que era un tipo bastante descuidado. Las cosas, sin embargo, transcurrieron por buenos cauces durante bastantes años... hasta que quedaron los actuales propietarios, los que se negaron a pagar el arrendamiento. Pero de esto hace ya muchos años, señor Framley.

—Y ella ha reclamado esos pagos, sin recibir nada a cambio sino desdenes e insultos.

—Más o menos —dijo Mother con una risita de conejo.

Denis levantó el plano de pronto. Lo examinó un instante al

trasluz y luego dijo:

—¿Ve esta sección, que corresponde al sótano?

—Sí, señor.

—Fíjese bien. Ha sido corregida. Las dimensiones reales del sótano son mayores que lo que indica el plano y lo que se ve en Sthayr House una vez que se encuentra uno en dicho sótano.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamó Mother, asombrado.

—Muy sencillo, levantando una pared en el sitio donde el sótano ha sido acortado. Ahora comprendo lo que encontraba raro cuando estuve allí, en compañía de Rosamunda; uno de los arcos que sustentan la bóveda quedaba incompleto.

—¿Incompleto?

Denis tomó papel y lápiz y trazó un rápido dibujo.

—Sí —afirmó—. Mire, el arco es de trazado alargado, como este... El muro levantado con posterioridad no sirve de punto de apoyo al extremo del arco, sino que corta a este muy cerca del ápice de la curva. En el lado opuesto del sótano, el arco correspondiente tiene las dimensiones precisas, las que marca el plano. ¿Lo comprende ahora?

Mother asintió.

—Estoy asombrado —dijo—. Pero ¿por qué acortaron el sótano?

Denis le miró fijamente.

—Jerry —le llamó por su nombre—, para ocultar el cuerpo de un hombre asesinado.

—¡Demonios!

—Así ocurrió y ese hombre era mi hermano —aseguró Denis, mientras enrollaba el plano—. ¿Quiere usted ayudarme a encontrarlo?

—Por supuesto. Pero ¿qué haremos de Boolton...?

—Todo se relacionará —dijo el joven con firme acento—. Escuche, yo me iré ahora a Sthayr House. Saltaré por la ventana, como tengo por costumbre. Usted buscará un pico y una buena barra de hierro. Luego diríjase a Sthayr House, pero quédese en las inmediaciones, hasta que vea una luz que se apaga y se enciende tres veces. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, señor Framley. Le aseguro que haré todo como me ha dicho.

—Gracias, Mother —sonrió el joven—. Ahora, cuando baje, deje

deslizar algún comentario acerca de que ha estado interrogándome acerca de la desaparición de mi hermano. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Denis esperó todavía algunos minutos. Luego apagó la luz y se dirigió hacia la ventana.

Caminó en dirección a Sthayr House, a buen paso. Cuando llegó a su destino, vio luz en el salón del lado este.

Se acercó cautelosamente. Emily y el mayordomo charlaban animadamente.

Leonardo escribía algo en un papel. Parecía como si hiciesen cuentas. Ella escuchaba y asentía. Denis aguardó pacientemente, hasta que, pasada media hora, Emily salió en su silla, empujada por el mayordomo.

Al cabo de otro rato, Denis penetró en el salón. Todavía ardían un par de troncos en la chimenea. Había un papel medio quemado en el hogar. Denis lo cogió con sumo cuidado; estaba muy quebradizo, a causa del calor.

No se distinguía gran cosa, pero lo poco que vio le convenció de que estaba en el buen camino. Sopló, para separar las partes ennegrecidas, y guardó el resto en un bolsillo.

Luego se asomó el zaguán. Estaba desierto.

Subió lentamente por la escalera. Ignoraba cuál era el dormitorio de Rosamunda, pero conocía un medio infalible para averiguarlo.

Detúvose en el corredor superior y aguardó unos momentos. No tardó en oír el ruido de unas patas que arañaban en la madera de una puerta.

«Shaitán» había captado su presencia. Denis se acercó a la puerta y asió el pomo.

El animal emitió un sordo gruñido. Denis, precavidamente, abrió solo una rendija.

—Rosamunda —llamó en voz baja.

Oyó ruido de pies desnudos. Ella le miró a través de la abertura.

—¡Denis!

—Contenga a «Shaitán». Quiero entrar.

—Sí, por supuesto... Échate, «Shaitán». Denis es amigo.

El perro obedeció con sorprendente mansedumbre. Rosamunda terminó de abrir la puerta.

Denis cruzó el umbral y cerró. Ella estaba junto a su lecho, poniéndose una bata.

—Rosamunda, tendrá que dispensarme esta manera de irrumpir en su dormitorio, pero es que...

—No se preocupe ahora por las conveniencias sociales —le interrumpió la joven. Metió los pies en unas zapatillas y se le acercó—. ¿Qué ocurre ahora?

—¿Recuerda usted que le dije que veía algo raro en el sótano y que no sabía a qué obedecía?

—Sí, desde luego. ¿Lo ha encontrado?

—En efecto. Se lo enseñaré dentro de unos minutos. ¿Tiene usted la llave?

Rosamunda fue a su mesilla de noche y la sacó del cajón.

—¿Vamos a ir ahora? —preguntó, al regresar junto a Denis.

—Sí. Una cosa. ¿Sabe que ya he descubierto la forma en que se provocaban sus «apariciones»?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué era? —preguntó.

—Troncos impregnados de una droga que, al arder, despedía un gas narcótico que sensibilizaba la mente de una manera extraordinaria. Entonces, alguien se situaba junto al afectado por la droga y le describía la visión. Le «ordenaba» que la viese a usted, amenazándole con quitarle sus tierras... o con matarme, como en mi caso.

—¡Dios mío! ¡Eso es increíble!

—Yo tampoco lo creería, si no hubiese tenido ocasión de presenciarlo directamente. En mi caso, y supongo que también en los restantes, era Boolton el encargado de provocar esas apariciones. Lo hacía muy bien, se lo aseguro.

—Estoy atónita —confesó Rosamunda—. Pero ¿por qué lo hacía?

Denis sonrió.

—Es muy probable que esta noche obtengamos la explicación definitiva de todo el misterio —contestó—. Ah, Boolton fue asesinado. En mi presencia.

Ella se oprimió la cara con ambas manos.

—Es horrible, horrible...

—Yo le preparé una trampa —dijo Denis—. Conseguí apresarle y

ya estaba a punto de hablar, cuando alguien le lanzó un dardo con la punta anormalmente larga. Luego...

Denis explicó a la joven el resto de la historia. Rosamunda parecía aturdida.

—Eso es obra de la mente de un loco —dijo.

—¿Un loco? —Denis rio sarcásticamente—. Todo lo contrario, sabe muy bien lo que se hace... pero nosotros también tenemos algo que hacer. ¿Vamos?

—¿Llevo al perro? —consultó Rosamunda.

—No será necesario. Déjelo aquí.

El animal se había levantado. Rosamunda le acarició la cabeza.

—Anda a dormir, «Shaitán» —indicó, y el can, con sorprendente mansedumbre, se dirigió a la alfombra situada junto a los pies de la cama, dio un par de vueltas y se tendió.

Denis se asomó al pasillo. Estaba desierto. Hizo un signo con la mano y salieron del dormitorio.

Cogió la mano de Rosamunda. Ella se estremeció un instante, pero no se resistió. Denis acercó los labios a su oído y dijo:

—Ahora vamos al salón. Tengo que hacer una señal a Mother para que venga a ayudarnos. Él es el policía de Gellygagh y debe estar presente.

—Muy bien, Denis.

Descendieron la escalera y entraron en el salón. Denis buscó el interruptor y encendió y apagó la luz tres veces. Luego se acercó a la ventana y alzó el bastidor.

A poco, divisó una sombra oscura. Silbó suavemente y Mother se acercó a la ventana.

—¿Señor Framley?

—Entre, Mother —invitó Denis—. Deme las herramientas.

Cogió el pico y la barra. Mother saltó el alféizar y pasó al salón.

—¿Cómo está, señorita Sthayr? —saludó cortésmente.

—Gracias por venir a ayudarme —dijo Rosamunda.

—Es mi obligación, señorita —contestó el policía llanamente. Se volvió hacia Denis—. Cuando usted diga, señor Framley.

—Vamos —dijo el joven—. No perdamos ya más tiempo.

Abandonaron el salón, cruzaron el zaguán y llegaron a la puerta del sótano. Rosamunda abrió y esta vez fue ella quien asió la mano de Denis.

Descendieron silenciosamente. Denis se acercó al muro señalado y lo examinó atentamente.

—Aquí es —dijo—. Mire, Rosamunda; el arco queda incompleto, porque se ha levantado otro muro más cerca de lo que corresponde. ¿Se da cuenta ahora?

Ella asintió.

—No sé cómo no lo he advertido —dijo.

—¿Ha vivido siempre en Sthayr House?

—Antiguamente, solo pasaba aquí la época del buen tiempo —contestó ella—. Desde que desapareció Albert, es la primera vez que permanezco tanto tiempo seguido aquí.

—Bastó con un mes de ausencia suya para levantar el muro sin prisas —afirmó Denis—. Y luego, en pocas horas, se pudo abrir un hueco suficiente para hacer pasar al otro lado el cuerpo de una persona.

—¿El... cuerpo de Albert?

—Sí, justamente.

CAPÍTULO XIV

Denis sacó la navaja y rascó la argamasa de las juntas en algunos sitios, hasta encontrar el punto deseado.

—Aquí —dijo—. Esta argamasa es más reciente y se le ha dado un color de vejez de una manera artificial. ¿Empezamos, Mother?

—Sí, señor, como usted diga.

Mother atacó la argamasa con la parte afilada de la barra. Fue una labor lenta y tediosa, en la que se turnaron los dos hombres. Hubo de pasar más de una hora, antes de que la primera piedra se removiera ligeramente en su alvéolo.

—Esto cede ya —dijo Denis, sudoroso y satisfecho—. Un esfuerzo más, Mother.

—Sí, señor.

La piedra cayó al suelo poco después. Sorprendido, Denis vio que había luz al otro lado. Sin embargo, el hueco era demasiado estrecho para poder ver con comodidad.

Trabajó con furia. Presentía que ya le faltaba muy poco para desvelar el misterio de la muerte de su hermano. Ahora ya no tiraban las piedras hacia sí, sino que las empujaban al otro lado. Un último empujón derribó cuatro o cinco piedras de golpe y el paso quedó expedito.

Denis se inclinó y atravesó el hueco. Rosamunda le siguió inmediatamente detrás. Apenas había pasada al otro lado, lanzó un chillido horroroso.

Denis se precipitó sobre ella y la recogió en brazos, justo a tiempo de evitar que cayera al suelo. El desmayo le había evitado continuar contemplando un espectáculo horroroso.

Mother entró y se quedó junto al hueco. Denis cerró los ojos un par de veces.

La habitación que había quedado tras alzar el lienzo de pared era bastante amplia, como un tercio de lo que quedaba al otro lado. En un rincón se veían varios ataúdes cerrados, formando una siniestra pila.

Cerca de los ataúdes se divisaban unas cadenas, rematadas por

argollas, cuyo extremo opuesto se hallaba empotrado en la pared. Al lado se veía el esqueleto de un hombre, sentado sobre el suelo y encadenado a la pared por sendas argollas unidas a sus muñecas.

Las ropas cubrían aún la osamenta del individuo, aunque en algunos sitios se caían ya a jirones. Cerca de su mano derecha se divisaba un vaso vacío, cubierto de polvo.

Una de las paredes de la tétrica estancia era de roca viva. Denis divisó en la parte más alta una pequeña abertura, por la que entraba el aire necesario para la respiración.

Rosamunda se agitó repentinamente en sus brazos.

—Denis —murmuró.

—He encontrado a mi hermano —dijo él, ceñudamente.

Ella abrió los ojos y le miró lastimeramente.

—Qué espantoso... —murmuró con voz desmayada.

—Sí, tuvo que ser una muerte terrible —Denis se estremeció—. Debíó gritar, y gritar, y gritar... sabiendo que nadie oiría sus desesperadas peticiones de socorro...

—No crean que gritaría mucho —dijo Mother—. Estoy seguro de que murió antes de las veinticuatro horas de verse encadenado.

Denis se volvió sorprendido hacia el policía. Mother les encañonaba con una pistola.

—Como morirán ustedes —agregó.

—Exactamente —corroboró el doctor Yeale, penetrando por el hueco en aquel instante. Traía en las manos dos vasos y una jarra con agua—. Buena labor, Jerry —alabó.

El policía hizo una inclinación de cabeza.

—Ha resultado mucho más sencillo de lo que yo creía —sonrió.

Rosamunda estaba petrificada por el horror. Denis procuró sobreponerse.

—De modo que piensa encadenarnos también —dijo.

—Sí —admitió Yeale sonriendo. Levantó en alto la jarra y los vasos—. Un vaso para cada uno, naturalmente, al alcance de su mano y con una buena dosis de cianuro potásico, para que acaben cuanto antes. Soy considerado, ¿no?

—Cínico, diría yo —manifestó Denis—. ¿Qué beneficios espera obtener de nuestra muerte?

—Nuestras vidas —contestó Yeale sin inmutarse—. He tratado de echarle de Gellygagh sin obtener el menor resultado. Debíó irse

cuando Boolton se lo ordenó por primera vez.

—Haciéndome creer que era Rosamunda la que se me aparecía, ¿no es cierto?

—Sí. Una buena idea, ¿verdad? Es una lástima que su llegada a Gellygagh haya precipitado los acontecimientos. Rosamunda habría terminado por ser reconocida como demente... y alguien habría heredado Sthayr House y sus derechos a las tierras que siempre reclamó.

—¿Y los documentos que prueban sus reclamaciones?

Yeale sonrió.

—Están en lugar seguro —contestó—. Los sacaremos a relucir en el momento oportuno. Patterson, Tillman, Diggan... Todos tendrán que irse, y contentos de que no se les reclamen atrasos. ¿Sabe, Framley? el conjunto de propiedades es mucho más extenso de lo que parece. Merece la pena, créame.

—No me será difícil —dijo el joven—. Así que fue usted el que modificó el plano del sótano.

—Fue Jerry, pero ese es un detalle secundario. La verdad, mis propósitos, desde un principio, fueron otros y más pacíficos, pero ocurrió algo que alteró mis planes.

—¿Qué es lo que sucedió? —inquirió Denis.

Yeale señaló los ataúdes.

—No lo hice yo, sino Boolton. Como perteneciente a la familia Sthayr, aunque de una rama ilegítima, se creía con derecho a las tierras. Por eso fue liquidando a sus competidores... quiero decir a sus familiares. Él fue quien los atrajo poco a poco, los mató y los ocultó aquí, tras el muro que él levantó durante una ausencia de Rosamunda.

—Y usted se enteró de ello y le forzó a la colaboración mutua.

—Sí. No lo hizo bien del todo, preciso es reconocerlo, aunque me solucionó muchos problemas. Naturalmente, ello me dio la idea de tomar para mí esos derechos.

—Y las cincuenta mil libras de mi hermano.

—Una bonita suma, en efecto —reconoció Yeale, sin dejar de sonreír—. Lástima que su hermano tuviera que irse a Australia.

—¿Fue usted quien falsificó la supuesta carta en que anunciaba tales propósitos?

Yeale asintió.

—Y también —añadió Denis—, se encargaría de interceptar las cartas que yo dirigía a Sthayr House, preguntando por mi hermano.

—De eso se ocupaba otra persona —Yeale suspiró—. Rosamunda, siento que las cosas hayan llegado a tal extremo. Yo solo quería acabar declarándola demente.

—Y entonces, se hubieran apoderado de mis bienes —dijo ella.

—Sí, claro. Una persona demente no puede administrarse a sí misma —admitió el médico cínicamente.

—¿Se hubiera encargado usted?

—Ese es un detalle secundario por el momento.

—Todo lo ha ideado usted magníficamente, en apariencia, doctor —intervino Denis—, pero ¿no habrá dejado algún cabo suelto?

Yeale miró al joven.

—No. Todo está bien meditado —contestó.

—¿También yo he de irme a Australia? ¿Y ella? ¿Cómo justificará su desaparición?

Yeale sonrió.

—Encontraremos algunas ropas a la orilla del estanque. Mother informará que se ahogó.

—Claro. Es su cómplice, como lo fue en la muerte de Boolton. Doctor, ¿a quién pretendía usted despistar con sus pretendidos errores en el lanzamiento de dardos?

—Confieso que trataba de desviar posibles sospechas hacia mí —dijo Yeale—. Pero usted es un chico muy listo, Framley. Apuesto a que adivinó que solo alguien con conocimientos de química podía preparar los troncos que producían alucinaciones.

—Sí, lo supuse cuando una noche me manché las manos. A pesar de todo, aún no sospechaba de usted. Solo cuando oí en la taberna los comentarios acerca de su pretendida falta de puntería es cuando concebí las primeras sospechas. Pero nunca supuse que Mother fuese su cómplice.

—Oh, él se llevó un piquillo de las cincuenta mil. Tiene que ayudarme y, además, lo hace con mucho gusto. ¿Verdad, Jerry?

—Verdad, doctor —corroboró el policía con singular cinismo.

—Yeale —dijo Denis—, ¿qué clase de presión ejercía usted sobre Enna Boolton?

—Ella ayudaba a su padre. Conocía sus... trapicheos. Le

conviene callar y callará. Es joven y no quiere seguir la suerte del autor de sus días.

—Comprendo. Entonces, fue ella la que trató de matarme a orillas del estanque.

—Sí. Yo le vi cuando se hallaba en las inmediaciones del lugar dónde está el coche de su hermano. También me enteré de que se había comprado una máscara submarina. Enna se puso ropa negra y una peluca...

—Y pasó por Rosamunda.

Yeale parecía muy satisfecho.

—Justamente.

—¿Y Mahounny? ¿Por qué lo asesinó?

—Tengo la sospecha de que él empezaba a ver claro en algunos aspectos. No era tan débil de espíritu como los demás. Por otra parte, me convenía hacer un escarmiento.

—Pero usted mismo fue el que dijo que Mahounny no había sido muerto por el perro.

Yeale soltó una risita.

—Todos me conocen como una excelente persona —dijo—. Creyeron que trataba de proteger a Rosamunda. Me interesaba poner a la gente en contra suya. De este modo, el día en que la hubiese declarado demente, no habría encontrado resistencia. El único que se olió algo fue Mahounny.

—Y lo asesinó.

El médico señaló a Mother.

—Yo, no. Fue él. ¿Cómo se comprende, si no, que el asesino continuase en libertad, sin ser encontrado? Mother espera recibir también una buena parte de los beneficios que obtengamos cuando las tierras pasen a nuestro poder, como los tuvo con las cincuenta mil libras de su hermano.

Denis dominó la ira que le producían aquellas cínicas declaraciones. Miró de arriba abajo al policía y dijo:

—Ha deshonrado usted el uniforme que viste, Mother.

El aludido hizo un encogimiento de hombros.

—La vida se estaba poniendo muy monótona en Gellygagh —contestó.

—Bien —dijo el galeno—, creo que es hora de pasar a los hechos. La sesión de oratoria ha terminado. ¿Jerry?

—¿Sí, doctor? —contestó el policía.

—Ponga la boca de su revólver en la cabeza de Rosamunda Sthayr. Yo voy a encargarme de encadenar al señor Framley. Si ve que este hace ademán de atacarme, mate sin vacilar a la señorita Sthayr. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente, doctor, y no tema, lo haré así, si es preciso —contestó Mother.

Denis fijó los ojos en la cara del policía y supo que estaba dispuesto a tirar de gatillo si él intentaba atacar a Yeale mientras lo sujetaba por las muñecas a las cadenas que pendían del muro.

CAPÍTULO XV

El doctor Yeale llenó los dos vasos de agua y los depositó en el suelo, uno a cada lado de Denis y Rosamunda. Mother había desaparecido momentáneamente.

A continuación, Yeale sacó del bolsillo de su chaleco dos píldoras, que echó una en cada vaso. Soltó una risita y dijo:

—Soy hombre prevenido. Hasta una cucharilla me he traído para remover el cianuro.

Momentos después, se ponía en pie. Volvió a hablar:

—Las cadenas proporcionan a sus brazos la suficiente longitud para tomar el vaso con comodidad y llevárselo a los labios. La dosis de cianuro está científicamente calculada para producir la muerte en menos de treinta segundos... Quiero decir, la pérdida de conocimiento en ese tiempo y la muerte clínica en un par de minutos más. Cuando se sientan deprimidos, cuando vean que nadie va a venir en su auxilio... tómense el veneno. Su hermano —miró a Denis— así lo hizo.

Denis clavó sus ojos en el rostro del galeno.

—Saldré de aquí —dijo— y haré todo lo necesario para enviarle a la horca.

Yeale se echó a reír.

—Al menos, le dejo el consuelo de la protesta —dijo. Giró sobre sus talones y se alejó.

Mother estaba al otro lado, preparando la argamasa para unir las piedras separadas del muro. Denis miró a Rosamunda.

—Siento haberla traído a esta situación —manifestó.

Ella meneó la cabeza.

—No me reservaban una suerte mucho mejor —contestó tristemente.

Denis asintió. Movié las manos ligeramente y las cadenas tintinearón.

Ambos estaban sentados, con la espalda contra el muro. Sus muñecas estaban ceñidas por sendas argollas, que constituían uno de los extremos de las cadenas. El otro, pasando por encima de sus

hombros, concluía fe el muro, a ras de su cabeza.

Yeale y el policía trabajaban activamente. Una hora después, el boquete quedó cerrado.

—Bien —dijo Denis—, y ahora es cuando nos toca a nosotros procurar evadarnos de aquí.

Rosamunda tiró de sus cadenas:

—Es imposible soltarse de aquí —dijo.

—Veremos —contestó el joven.

Las cadenas tenían algo más de un metro de longitud. Denis se puso primero de rodillas y luego giró sobre sí mismo, pasando una de las cadenas por encima de su cabeza. Terminó el movimiento, poniéndose en pie y quedando frente a la pared.

Su pie izquierdo tocó el vaso con el veneno y lo derribó. El agua se esparció por el suelo.

Bajó la vista un instante y sonrió.

—De todas formas, no pensaba tomarlo —dijo.

Rosamunda contemplaba expectante sus esfuerzos. Denis enrolló parcialmente las cadenas a sus antebrazos, hinchó el pecho y apoyó un pie en el muro. Luego hizo presión con todas sus fuerzas durante casi un minuto.

La muchacha contuvo la respiración. Por unos momentos, pareció que no iba a ocurrir nada. Vio surgir una vena en la frente de Denis y temió que le ocurriese algo.

De pronto, se oyó un ligero crujido. Denis dejó escapar lentamente el aire, a la vez que juntaba ambos pies.

Sonrió.

—Sucede lo que yo me había figurado; el óxido ha atacado al hierro, no solo exterior, sino también interiormente, por la parte donde está empotrado con cemento al muro. En un año, no ocurre nada, pero son muchos los que llevan las argollas unidas a la pared.

Tomó aliento de nuevo y repitió el tirón. Un trozo de mortero cayó al suelo.

—¡Empieza a ceder! —exclamó Rosamunda jubilosamente.

Denis descansó una vez más. El tercer intento culminó sus esfuerzos. Cayó pies por alto, pero suelto del muro.

Contorsionándose, se sentó de nuevo en el suelo. Miró a Rosamunda y sonrió.

—Ahora le toca el turno a usted.

—¿Va a seguir con las cadenas? —preguntó ella.

—Bien, por el momento no me queda otro remedio. Yeale se llevó la llave de las argollas y mis manos son demasiado anchas. El caso es que ya tengo libertad de movimientos.

Se acercó a ella y la ayudó a ponerse en pie. Quedaron muy juntos, frente a frente. Rosamunda le miraba con intensa fijeza. Denis la besó suavemente, sin que ella echara la cabeza hacia atrás.

—Saldremos —prometió.

Los bellos ojos de la joven estaban llenos de lágrimas. Pero sonreía.

—Bueno —dijo él, tras un ligero carraspeo—, vamos a ver si conseguimos el mismo éxito...

—¡Espere! —exclamó Rosamunda de pronto—. ¡Mire, Denis!

La mano izquierda de la joven pendía a lo largo de su costado. Denis bajó la vista y vio que la argolla de aquel lado estaba a la altura de sus nudillos.

Denis tomó la mano con una de las suyas y con la otra sacó la argolla sin apenas esfuerzo. Soltó una alegre carcajada.

—Es una ventaja esto de tener las manos largas y finas —dijo.

La segunda argolla cedió con idéntica facilidad. Sin poder contenerse, Rosamunda se colgó del cuello de Denis y escondió la cabeza en su pecho.

El cuerpo de la joven temblaba. Denis comprendió que era la reacción natural, después de los agobiantes momentos de tensión pasados.

—Procure calmarse —dijo—. Lo peor ya ha quedado atrás.

Ella inspiró con fuerza unas cuantas veces. Luego levantó la cabeza y le miró. Todavía tenía los brazos en torno a su cuello.

—Si conseguimos salir de aquí, me iré de Gellygagh y no volveré jamás —prometió.

—No te irás sola —aseguró Denis, tuteándola.

Rosamunda asintió, feliz. Luego se separó de él y miró a su alrededor.

—¿Cómo haremos para escapar del sótano? —preguntó.

Denis se acercó al boquete recién tapiado.

—La argamasa está fresca todavía —calculó—. Podemos derribarla, pero es de suponer que la puerta superior esté cerrada con llave. Haríamos ruido al intentar forzarla y conviene que

salgamos de aquí sin ser advertidos.

—Pero es que no hay otra vía de escape —alegó ella.

—Aguarda un momento.

Denis se dirigió al trozo de muro rocoso y levantó la vista. A unos dos metros y medio estaba el respiradero.

Se colocó bien las cadenas, para que no le estorbasen, tomó impulso y saltó. Momentos después, se hallaba tendido parcialmente en el suelo del respiradero, que tenía un metro de anchura por unos cuarenta centímetros de alto. Su longitud resultaba imposible de calcular, por el momento.

—Voy a llegar hasta el exterior —anunció—. Sígueme a continuación, Rosamunda.

—Sí, Denis.

El joven se arrastró. Unos tres metros más adelante, sintió en la cara el fresco soplo de la brisa nocturna.

Tanteó con las manos a derecha e izquierda. Un metro más adelante, el suelo se acababa. Contorsionándose, miró hacia arriba. El borde del mirador quedaba a un par de metros de altura.

Rosamunda se arrastró hasta él.

—Estamos al borde del escarpado —dijo.

—Lo sé. Y debajo del mirador, pero hay como una plataforma que nos permitirá ponernos en pie. Voy a hacerlo yo primero. Tú, después.

—Entendido.

Lentamente, sabiendo que el menor paso en falso podía enviarle a la muerte, a ciento cincuenta metros más abajo, Denis se puso en pie. Le pareció que ya se divisaba una pálida claridad hacia el este.

Alzó las manos y asió el borde inferior del balcón.

—Rosamunda, ponte en pie, pero agárrate a mi cuerpo si temes marearte o sientes vértigos —dijo.

—No será necesario —contestó ella, a la vez que se incorporaba.

Denis tomó impulso y se levantó poco a poco. Miró por encima del suelo del balcón, con los ojos a nivel del mismo. Había luz en el salón, pero estaba vacío. Alargó una mano y se agarró a la barandilla. Al suspenderse de ella, oyó un crujido en la madera.

Pasó arriba con rapidez, lleno de un repentino pánico. Si la barandilla hubiese cedido, se habría precipitado en el abismo.

Luego giró sobre sí mismo y se inclinó.

—Rosamunda, levanta los brazos.

Ella obedeció. Denis dejó caer las cadenas por fuera de la barandilla. Rosamunda comprendió sus intenciones.

El joven hizo un poderoso esfuerzo y la izó a pulso. Instantes después, ella ponía sus pies en el suelo de la balconada.

—Me parece un sueño —murmuró.

—El peligro no ha pasado todavía —dijo Denis—. Vamos a ver si podemos salir sin ser vistos.

—Llamaré a «Shaitán». Si lo hubiésemos llevado con nosotros, no nos habrían capturado.

—Lo hubieran matado a tiros —contestó él—. Vamos.

Abandonaron el balcón y pasaron a la sala. De pronto, Denis se detuvo en seco.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

Denis señaló el sillón de ruedas.

—Mira —contestó.

—Tía Emily debe de estar durmiendo —dijo Rosamunda.

—Por supuesto, pero... ¿no debería estar el sillón en su dormitorio?

Rosamunda se mordió los labios.

—Sí, es verdad. Precisamente, por eso mismo tiene su dormitorio en una de las habitaciones de la planta baja...

Denis se volvió hacia ella.

—Rosamunda, sospecho que tu tía forma parte de esta banda de desalmados que han intentado apoderarse de tus bienes. Su enfermedad no ha existido jamás.

—Sí, ahora lo veo, pero ¿por qué simulaba una invalidez que no padecía?

—Tal vez para inducirte a lástima y poder permanecer aquí, espíandote continuamente... y apoyando al doctor, para, en su día, declarar contra ti cuando se hiciese oficial tu supuesto estado de insania. Además, no lo olvides, es tu pariente y se convertiría en tu heredera al faltar tú.

Rosamunda asintió tristemente.

—No lo hubiese creído nunca de ella —murmuró.

—Yo la he visto un par de veces hablando misteriosamente con Leonardo, aunque, eso sí, en el sillón. Desempeñaba su papel de inválida hasta el último extremo, pero ahora, al faltar tú, ya no...

Denis se interrumpió de repente. Fuera de la sala se oían voces, que aumentaban de volumen gradualmente.

—Viene alguien —murmuró—. Corre, ven.

Sin hacer ruido, atravesaron la sala. Denis llevaba las cadenas en brazos, a fin de impedir su tintineo. Los dos se situaron al lado de la puerta, la cual alcanzaron unos segundos antes de que alguien la abriese desde fuera.

La voz del médico sonó clara, jubilosa, exultante de satisfacción:

—Bien, Emily, ahora, con los documentos en nuestro poder, esa partida de pueblerinos tendrá que abandonar sus posesiones. Y, lo que es más, les exigiremos cuanto deben de atrasos desde que dejaron de pagar sus arrendamientos.

CAPÍTULO XVI

Emily entró en la sala, seguida de Yeale y de Leonardo. Emily caminaba airoosamente, sin recordar en absoluto una inexistente invalidez física. En la mano llevaba una gruesa carpeta, llena de papeles.

Leonardo se volvió y cerró la puerta. Luego se unió a los otros dos.

Emily dejó la carpeta sobre la mesa.

—Así que ese entrometido de Framley y mi sobrina están ya fuera de juego —dijo.

—Sí. No creo que pasen de hoy sin tomar el cianuro —contestó Yeale, con acento de morbosa satisfacción.

—¿Y Mother?

—Callará, por la cuenta que le tiene.

—¿Cuánto le diste de las cincuenta mil libras? —preguntó Emily.

Yeale pareció sorprenderse.

—Lo sabes tan bien como yo —contestó—. Diez mil.

—Mal hecho. Demasiado dinero.

—Bueno, entonces estuviste de acuerdo, ¿no?

—Sí, pero ahora pienso de otra forma. Bien, ya se las reclamaremos en su momento. Y no hablará aunque le dejemos sin un penique.

Yeale frunció el ceño.

—Emily, te aseguro que no te entiendo —dijo.

—Yo sé lo explicaré —terció Leonardo repentinamente.

El médico se volvió hacia Leonardo.

—¿Qué...?

Sus ojos se dilataron por el horror. El mayordomo tenía en las manos una pistola automática.

—¡Emily! —chilló.

—Lo siento —dijo la mujer, con espantosa sangre fría—. Ya no nos resultas útil para nada.

Yeale retrocedió un paso. Leonardo hizo fuego un par de veces.

El médico lanzó un ahogado gemido. Cayó de rodillas y luego se tendió en el suelo.

—Estúpido —dijo Emily.

Miró a Leonardo y sonrió.

—El plan ha salido como calculamos —dijo.

Leonardo asintió.

—Él nos lo ha dado todo hecho. Dentro de un año, podremos volver para reclamar las tierras a esos palurdos. La cocinera y la doncella se marcharon anoche.

Emily se acercó al mayordomo y le pasó los brazos en torno al cuello. Sonreía impudicamente.

—Eres pequeñito, pero me gustas más que si fueses un hombre alto y arrogante —dijo.

Rosamunda volvió la vista a un lado, asqueada por aquella total falta de escrúpulos. Arrodillada tras un sillón, junto a Denis, había contemplado la escena sin perderse un detalle.

Momentos después, Leonardo dijo:

—Tenemos que deshacernos de ese fiambre, Emily.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó ella.

Leonardo miró hacia el balcón, por el que ya penetraba la claridad de la aurora.

—Ese es un medio seguro —contestó—. Ya lo tengo todo preparado...

Se dirigió a un armario y sacó del mismo un paquete envuelto en tela. La forma era irregular y estaba atado con un largo alambre.

El extremo opuesto del alambre fue a parar a uno de los tobillos del cadáver. Luego, Leonardo dijo:

—Ayúdame, Emily.

Arrastraron el cuerpo inerte del médico hasta el balcón y, tras levantarlo a pulso, lo arrojaron por encima de la barandilla.

Leonardo comentó:

—Esta madera está podrida casi por completo.

—Bueno, ya nos vamos a ir hoy; así que...

La pareja regresó al interior. Entonces, Denis hizo un movimiento y las cadenas tintinearón.

Leonardo sacó la pistola en el acto.

—¿Quién está ahí? —rugió—. Salga pronto o...

Denis se puso en pie lentamente. Los ojos de Emily se

desorbitaron.

—¡No es posible! —gritó.

Rosamunda se incorporó también.

—No creo haberme merecido este pago —dijo tristemente.

Emily se irguió.

—Este no es el momento de reproches —contestó—. ¡Leonardo, acaba lo que ese estúpido de Yeale no supo hacer!

El mayordomo alzó la mano. Entonces, Denis le golpeó en el brazo con las cadenas.

La pistola se desvió en el momento de salir el tiro. Emily lanzó un gemido y se tambaleó, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho.

Leonardo se quedó aturdido.

—¡Emily! —chilló, cuando la vio caer.

Y luego, una oleada de furia pareció invadirle, convirtiéndole en un ciego demente.

Denis se dio cuenta de que Leonardo había perdido el control de sus actos. Levantó ambas manos, por encima de su cabeza y hacia su derecha y movió las pesadas cadenas en un semicírculo descendente, con todas sus fuerzas.

El segundo tiro salió igualmente desviado. Pero Leonardo recibió un tremendo golpazo en la cara que lo lanzó sobre el sillón de ruedas, situado casualmente justo tras él.

El sillón, por la fuerza del impacto, retrocedió velozmente. El mayordomo componía una estampa patética, agitando sus cortas piernecillas, en un esfuerzo inútil para recobrar su posición normal.

Las ruedas estaban bien engrasadas. El sillón cruzó la sala como un obús y llegó a la balconada. Rosamunda gritó.

El sillón chocó contra la barandilla. Se oyó un terrible crujido.

Leonardo exhaló un terrible alarido. Braceó frenéticamente, pero la barandilla había cedido y el sillón saltó al vacío.

Denis corrió hacia el balcón y se asomó por un lado de la brecha. Ya había la suficiente luz para ver las cosas con gran detalle.

Leonardo caía volteando al abismo, separado ya del sillón de ruedas. El cuerpo del mayordomo chocó contra un saliente, rebotó, golpeó varias veces más contra las rocas y, finalmente, tras una caída vertical de más de cincuenta metros, se estrelló contra las

aguas del estanque. El sillón se hundió a pocos pasos.

La superficie del estanque se aquietó lentamente. Denis se apartó de la barandilla, pálido y mareado.

Rosamunda le llamó:

—¡Denis, tía Emily vive!

El joven corrió hacia donde Rosamunda estaba arrodillada, al lado de Emily Guignes. Emily respiraba afanosamente. Denis pudo ver que la bala había entrado por el costado izquierdo, a la altura de la cintura, sin interesar ningún órgano vital.

—Buscaré vendas —dijo Rosamunda, poniéndose en pie.

Emily abrió los ojos.

—Sálvenme... Hablaré... Diré todo... —murmuró.

—La curaremos —prometió Denis—. Su herida no es grave.

Luego dirigió una mirada hacia la carpeta de los documentos. Entonces se acordó del papel medio quemado que había rescatado de la chimenea. Lo sacó del bolsillo.

Eran cuentas. Estrujó el papel y lo tiró al lado. Las cuentas del diablo, se dijo. De nada servirían a quienes tanto habían fiado en sus números.

* * *

Hacía un sol radiante. Las olas murmuraban suavemente al ir y venir sin cesar en la playa. Denis llegó y se sentó junto a Rosamunda.

El joven tenía un sobre en las manos.

—Carta de nuestro abogado en Londres —dijo.

—¿Sí? —murmuró ella perezosamente.

Denis se echó a reír.

—Parece que no te interese mucho —observó.

Ella estaba tendida en el suelo. Dio la vuelta, quedó boca abajo, apoyada en los codos, mirándole desde detrás de sus gafas oscuras. Su piel había perdido la palidez marmórea y ahora tenía un suave color dorado. El traje de baño de dos piezas permitía admirar la esbeltez de sus formas.

—Estamos en el cálido sur —sonrió—. Mar, aire libre, sol, arena dorada... ¿Qué importancia pueden tener ahora los asuntos económicos?

—Hubo un tiempo en que te interesaste por ellos.

—Entonces estaba exasperada. Todos sentían animadversión hacia mí... y yo les detestaba a todos.

«Shaitán» llegó corriendo y se tendió junto a ella. Rosamunda le pasó una mano por el cuello.

—Sigue, cariño —invitó.

—Bien, las cosas se arreglan en Gellygagh. Se ha llegado a una solución de compromiso. Patterson y los demás te abonarán a plazos una compensación por el usufructo de tus propiedades, durante diez años, pasado cuyo tiempo serán tuyas definitivamente. Por otra parte, es preciso reconocer que, aun usurpadas, las hicieron rendir muchísimo y sería injusto despojarles de algo que han mejorado con su propio esfuerzo.

—Sí, tienes razón. Dime, Denis, ¿cuánto tiempo estaremos aquí? Me quedaría siempre... ¡Es tan distinto de Gellygagh!

—Bueno, todo se puede compaginar —sonrió él—. Trataré de que mis negocios tengan ramificaciones aquí y vendremos a inspeccionarlos con frecuencia. ¿Te parece bien?

Ella alargó una mano y cogió la de su esposo.

—Me parecerá lo mejor del mundo —contestó.

—Ah —añadió Denis—. Mother ha sido condenado a treinta años. Tu tía saldrá mejor librada; con diez quedará cumplida.

Rosamunda dejó de sonreír un momento.

—Querido, hemos venido a olvidar. Olvidemos —rogó.

Denis asintió.

—Sí, olvidemos todo, menos una cosa.

—¿Cuál, cariño?

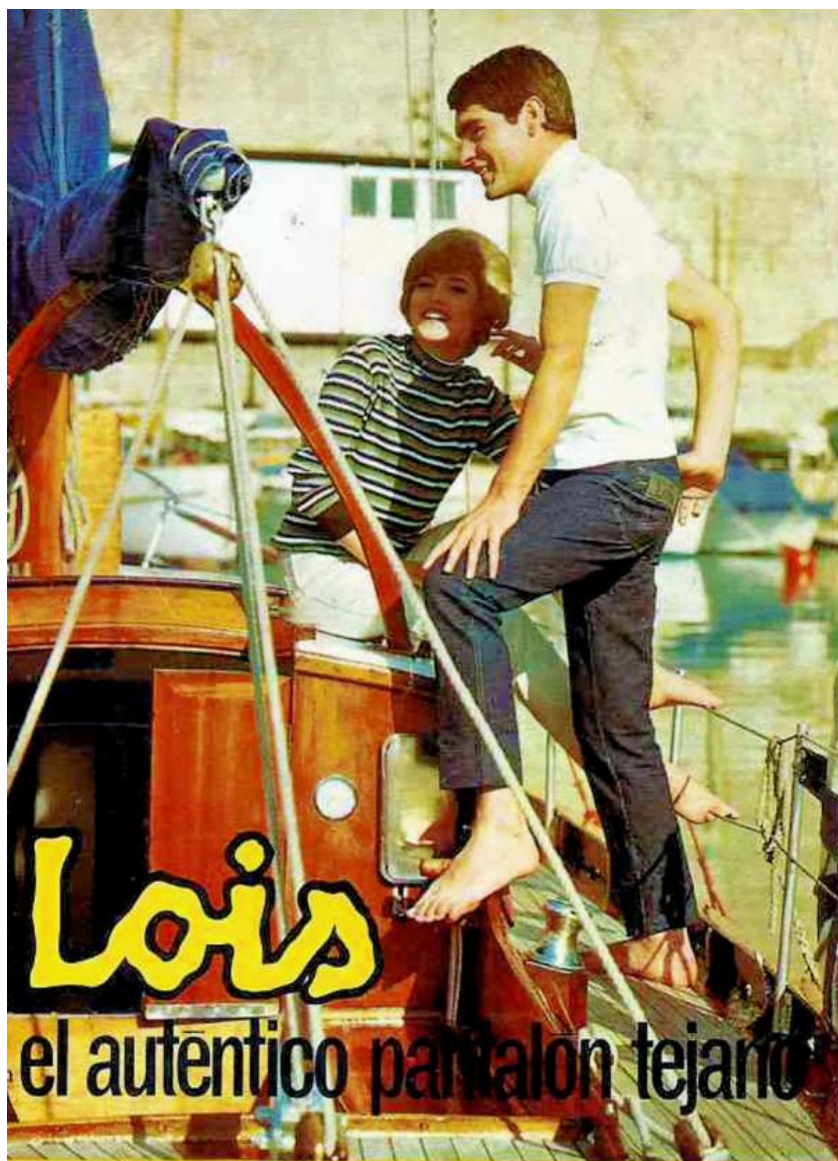
—Que nos amamos. Eso no lo podremos olvidar jamás.

Rosamunda sonrió.

—Siempre lo tendremos presente —contestó.

«Shaitán» soltó un alegre ladrido. Era su manifestación de asentimiento a cuanto habían dicho los dos jóvenes.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.